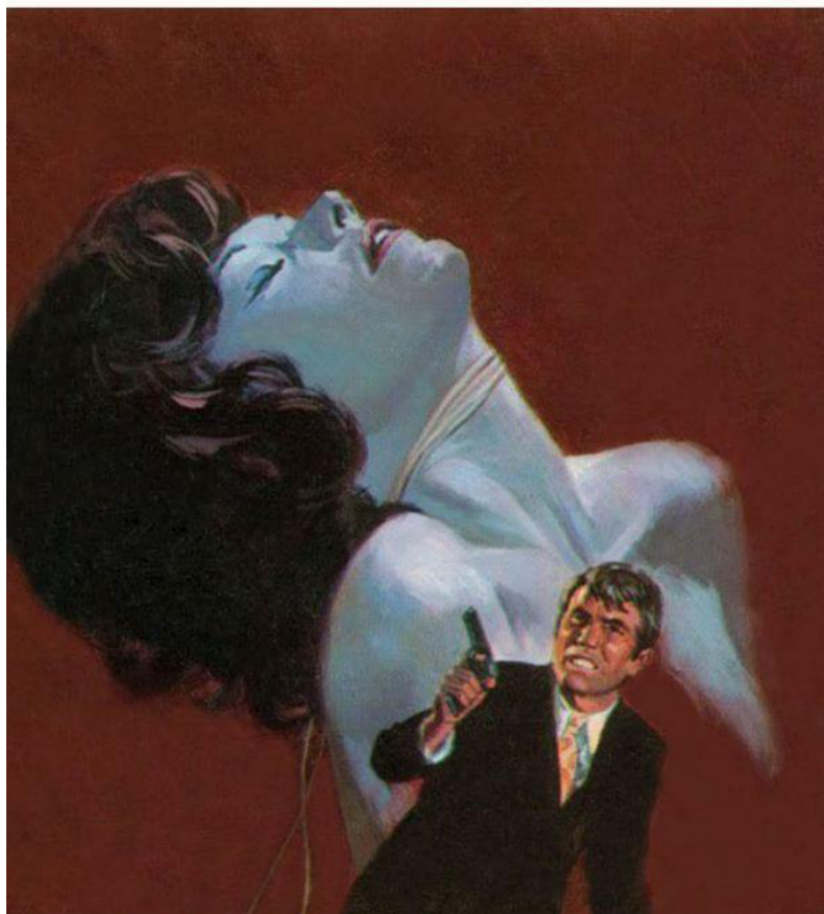
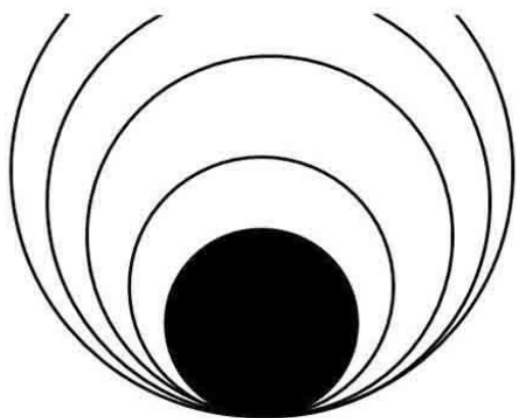




¿QUIERE USTED ASESINAR A MI ESPOSA?

Joseph Berna





PUNTO ROJO



JOSEPH BERNA

**¿QUIERE USTED
ASESINAR
A MI ESPOSA?**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 948
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 17.964 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1980

© Joseph Berna - 1980

texto

© Jorge Sempere - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1980

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.544. —El espía que surgió de la cama.

En Colección KANSAS:

343. —La elección de Miss Oklahoma.

En Colección COLORADO:

841. —Un osado californiano.

En Colección BISONTE SERIE AZUL.

460. —¡Fuera sombreros, que corre «Matusalén»!

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

421. —El hijo de Johnny *Gatillo*.

En Colección PUNTO ROJO:

945. —El zorro azul.

CAPÍTULO PRIMERO

Mientras introducía la llave en la cerradura, miré el rótulo de la puerta de cristal velado.

BUD LEXTER
Investigador Privado

Maldije a Bud Lexter, porque ése era yo, y su cochina profesión, la mía.

Cochina, sí.

Al menos para mí.

Llevaba ya casi un año dedicándome a la investigación privada, y las cosas no me podían ir peor.

Poco trabajo...

Poco dinero...

Pocos amigos...

En suma, un asco.

El día menos pensado quito el rótulo que reza mi nombre y mi maldita profesión, y me dedico a otra cosa.

Sería lo más sensato, desde luego.

Boston, como todo el mundo sabe, es una ciudad muy grande y abundan los investigadores privados, la mayoría de ellos expertos prestigiosos.

Abrirse camino entre tanta gente veterana e inteligente resulta, lógicamente, muy difícil.

Que me lo digan a mí, si no.

Para un novato como yo, conseguir un cliente que merezca la pena es más difícil que llevarse a la cama a Raquel Welch.

Sinceramente, creo que a mí me sería más fácil ligarme a la Welch que cazar un cliente con pasta.

Soy alto...

Fuerte...

Varonil...

Sí, gusto a las mujeres.

Y las mujeres me gustan a mí, claro.

Ivonne Flinn, concretamente, me gustaba bastante.

Qué piernas...

Qué caderas...

Qué pechos...

Y qué cara...

Sí, sobre todo, qué cara.

De la noche a la mañana me dejó plantado.

Bueno, debo reconocer que tenía motivos para ello.

Ivonne era mi secretaria, pero como yo gano tan poco, no podía pagarle.

De los cuatro meses que trabajó para mí, sólo cobró uno; el primero. Los otros tres todavía se los debo.

Pero pienso pagárselos, ¿eh?

Bud Lexter siempre liquida sus deudas.

Cuando puede, claro.

Con cara de pocos amigos, hice girar la llave y empujé la puerta, penetrando en mi oficina. Encendí la luz de la antesala de mi despacho.

Allí estaba la mesa en la que trabajara Ivonne Flinn.

Bueno, trabajar, poco.

Ivonne solía trabajar más en mi despacho.

En el sofá de mi despacho, más concretamente.

Con muy poca ropa.

Y, a veces, sin ninguna.

Sí.

Ivonne y yo pasamos muy buenos ratos en ese sofá. Realmente inolvidables.

Por eso me dolió tanto que se marchara.

Y, más todavía, que fuera para trabajar con Gerald Spicer, uno de los investigadores privados más famosos de Boston.

Más famosos... y más presuntuosos.

Yo no simpatizaba en absoluto con él.

Y, menos todavía, desde que me birlara a Ivonne.

Porque me la birló, sí.

Descaradamente.

Gerald Spicer sabía que Ivonne Flinn trabajaba para mí, como secretaria y como mujer, cuando le hizo la tentadora oferta.

Fue un golpe bajo.

Muy bajo.

El que yo le di a él, cuando me lo eché a la cara, fue más alto.

En toda la mandíbula.

Y con el puño cargado de dinamita.

El jactancioso Gerald perdió el sentido en el acto, lo cual fue una suerte para él, porque yo sentía deseos de sacudirle más, y me quedé con las ganas.

En fin, aquello era agua pasada.

Mejor olvidarlo.

Penetré en mi despacho y subí las persianas, permitiendo que la luminosidad de la mañana, soleada y algo calurosa, lo inundase.

Evité mirar el sofá, porque imaginaría a Ivonne tendida en él, en braguitas y sostén, desperezándose como una gata —solía esperarme así algunas mañanas—, y eso acentuaría mi mal humor.

Después de despojarme de la chaqueta y colgarla en el perchero, me senté en mi sillón, extendí el periódico que había comprado poco antes de subir a mi oficina, y empecé a hojearlo.

Llevaba unos cinco minutos informándome de lo que pasaba en Boston y en el resto del mundo, cuando oí sonar la campanilla de la puerta.

Alguien acababa de entrar en mi oficina.

—¡Pase quien sea! —Autoricé, sin levantarme del sillón, al tiempo que miraba la puerta de mi despacho, que yo no había cerrado al entrar.

Una muchacha se dejó ver.

Tenía el pelo castaño y poseía un rostro agraciado.

Vestía un ligero y fresco vestido azul turquesa, de escote redondo y con un atrevido corte frontal. Los zapatos, de fino tacón, hacían juego con el vestido. El bolso que pendía de su hombro era blanco.

—¿Señor Lexter...? —preguntó la chica, sin decidirse a cruzar la puerta.

—Sí, yo soy —respondí, repasándola desde la cabeza a los pies con la mirada, porque la esbeltez de su cuerpo se lo merecía.

—Me llamo Clara Mills —se presentó la atractiva joven.

—Clara... —repetí, sin dejar de observarla con fijeza—. Un bonito nombre para una bonita chica —añadí, exhibiendo una sonrisa de conquistador.

La muchacha también sonrió, con suavidad.

—¿Puedo pasar, señor Lexter?

—Naturalmente.

—Gracias.

La chica entró en el despacho, caminando con elegancia.

Yo me puse en pie cortésmente e invité:

—Siéntese, por favor.

La joven se sentó frente a mi mesa y cruzó sus piernas, largas, delgadas, perfectas...

A mí se me fueron las ganas de sentarme de nuevo, porque dejaría de contemplar los esbeltos y sedosos muslos de Clara Mills, que la abertura del vestido permitía exhibir con generosidad.

Busqué un pretexto para seguir algún tiempo más de pie.

—¿Un cigarrillo, Clara? —le ofrecí mi cajetilla de emboquillados.

—Gracias —me sonrió ella, aceptándolo.

Se lo puso en los labios, llenitos y cubiertos de un brillo húmedo que los hacía terriblemente excitantes.

Sentí deseos de besarlos.

De saborearlos largamente.

De morderlos con suavidad...

Mientras yo pensaba en todo eso, la joven abrió su bolso, seguramente para extraer su encendedor, en vista de que yo no le brindaba fuego.

Por fortuna, reaccioné a tiempo y extraje el mío antes de que ella diera con el suyo, subsanando así mi involuntaria incorrección. Lo accioné y acerqué la llama al cigarrillo.

Clara Mills lo encendió y me dio de nuevo las gracias.

—No hay de qué —repuse, siempre sonriente, y continué de pie, porque quería seguir contemplando sus atractivas piernas.

—¿No se sienta, señor Lexter? —sugirió ella.

—Seguiré de pie, si no le importa —carraspeé ligeramente—. Mis almorranas me lo agradecerán.

La monada parpadeó.

—¿Padece usted de hemorroides...?

—Sí, desde hace algún tiempo —mentí descaradamente.

—Oh, cuánto lo siento.

—Yo sí que lo siento, cuando me siento. Parece un juego de palabras, pero es verdad. Por eso prefiero estar de pie.

—Cuando yo entré estaba usted sentado...

—Parecía que lo estaba, pero mi trasero no descansaba en el asiento.

—¿Y dónde descansaba?

—En ningún sitio.

—¿Y no le resultaba incómodo mantenerse así...?

—Desde luego. Pero se lee mejor el periódico, y como eso es lo que estaba haciendo yo.

—Oh, ya entiendo.

Encendí un cigarrillo y hablé de nuevo:

—Bien, usted dirá en qué puedo servirle, señorita Mills.

—Verá, me enteré de que es usted investigador privado, y...

—Considere su caso resuelto, Clara —la interrumpí.

—¿De veras? —Pestañeó ella.

—Por completo. Ha recurrido usted al hombre indicado. No tendré la fama de otros investigadores, pero soy tan eficiente como el que más.

—No lo dudo, señor Lexter, pero yo...

—Tengo otra ventaja, señorita Mills.

—¿Cuál?

—Mis honorarios no son tan elevados como los de mis colegas.

—¡Ay!

—¿Se ha pinchado con algo, Clara...?

—No.

—¿Y por qué se ha quejado?

—No me he quejado, es que acabo de darme cuenta.

—¿De qué?

—De que usted se ha confundido conmigo, señor Lexter.

—¿Confundido...?

Clara Mills se mordió nerviosamente los labios y aclaró:

—Yo no he venido a contratarle, señor Lexter, sino en busca de un empleo.

CAPÍTULO II

No me tragó la tierra porque para que la tierra se trague a alguien es necesario que haya un terremoto, se abran las calles y se derrumben los edificios.

Las calles de Boston se mantuvieron cerradas y los edificios en pie, porque no hubo terremoto alguno, y yo también seguí de pie, mirando a Clara Mills como un perfecto idiota.

De pronto, me derrumbé en el sillón.

De golpe.

Incluso llegué a rebotar en el asiento.

La chica a quien yo había tomado por una cliente, y que para desgracia mía había resultado que sólo buscaba empleo, se llevó las manos a las mejillas y exclamó:

—¡Dios mío, señor Lexter, sus almorranas!

—¿Qué?

—¡Se las habrá hecho puré!

Yo, recordando de pronto que aquélla era la excusa que había puesto para permanecer de pie, repuse:

—No se preocupe, Clara. Lo mejor para las almorranas es sentarse así, con brusquedad. Se esconden todas de golpe y no vuelven a salir hasta el día siguiente.

Clara Mills abrió su preciosa boca, perpleja.

—¿Lo dice en serio?

—Claro.

—Pero, le habrá dolido mucho.

—Bastante, sí —puse la misma cara que San Bartolomé, cuando lo estaban martirizando.

—Y no se ha quejado...

—Soy un tipo muy sufrido.

—¿Por qué no se opera?

—¿De qué?

—De las hemorroides.

—Me da vergüenza.

—¿Vergüenza?

—Sí, soy un tipo muy tímido, y eso de poner el culo en pompa para que el cirujano trabaje en mi ano...

—No puedo creer que esté hablando en serio.

—¿Lo pondría usted, Clara?

—¿El qué?

—El culo en pompa, para que el cirujano la opere.

—Si tuviera almorranas, sí. Y sin dudarlo un momento.

—Aún estoy a tiempo.

—¿De operarse?

—No, de estudiar para cirujano.

—No lo entiendo.

—Mejor, porque seguramente me daría una bofetada.

Clara Mills enrojeció de golpe.

—Me parece que ya lo entiendo, señor Lexter.

—Me gané la bofetada —rezongó.

—Debería dársela, sí, porque ha sido un piropo muy basto.

—Pero piropo, al fin y al cabo.

—Me contengo porque va a ser usted mi jefe, que si no... Yo respingué en mi sillón al oír aquello.

—¿Que voy a ser su jefe...?

—¿Por qué pone esa cara de asombro? ¿Es que no quiere darme el empleo?

—No es que no quiera, es que no puedo.

—Todos los investigadores privados tienen secretaria en su oficina. Menos usted, claro.

—Yo también tenía una.

—¿Y qué pasó con ella?

—Se largó.

—¿Intentó usted operarla de hemorroides...?

Me vi obligado a toser, porque capté al instante el verdadero sentido de la frase.

—Clara, por favor —supliqué.

—¿Por qué se largó su secretaria, señor Lexter?

—No podía pagarle.

—¿Tan elevado era su sueldo...?

—No, era normal; quinientos dólares mensuales.

—¿Entonces...?

—Me estoy abriendo camino en el campo de la investigación privada, Clara, y eso no es fácil.

—Ya entiendo. Anda usted escaso de fondos, ¿eh?

—Escasísimo.

—Bueno, por eso no tiene que preocuparse. Si no me puede usted pagar un mes, me paga el siguiente.

—¿Y si tampoco al siguiente...?

—Pues al otro.

—¿Y si tampoco al otro...?

—Se ahorrará usted la operación de almorranas, porque se las extirparé yo del puntapié que le daré en el trasero. No pude evitar la carcajada.

—Me gusta usted, Clara —confesé.

—¿Lo dice en serio?

—Muy en serio.

—Entonces, no se hable más. Desde hoy paso a ser su nueva secretaria.

Sacudí la cabeza negativamente.

—Me encantaría, Clara, pero no puede ser.

—Lo del puntapié en el trasero era una broma, señor Lexter.

—Ya lo sé —sonreí.

—No le presionaré en el cobro de mi sueldo, se lo prometo. Ya me pagará usted cuando pueda.

—Eso no sería justo, Clara.

—¿Por qué no? Yo no necesito trabajar para comer, señor Lexter.

—¿De veras?

—Sí, tengo lo suficiente para vivir, gracias a Dios. Y con cierto desahogo, puede crearme.

—¿Y por qué quiere trabajar, entonces...? —pregunté, desconcertado.

—Porque me aburro como una ostra en casa, sin hacer nada. Quiero ser útil, tener a mi cargo alguna responsabilidad, por pequeña que sea. Confíeme usted el cuidado de su oficina, y no se arrepentirá, se lo prometo.

Yo no dije nada.

Me hallaba demasiado asombrado.

Clara Mills me sonrió de un modo delicioso.

—¿Le ha comido la lengua el gato, señor Lexter?

—No —respondí.

—Pues diga algo, hombre.

—¿Qué le gustaría oír?

—Que me acepta como secretaria.

—La acepto, Clara. No sé si todo esto lo estoy soñando, pero la acepto.

—Gracias, señor Lexter —sonrió maravillosamente ella—. Y nada de sueño, esto es tan real como sus almorranas.

Me asaltó un golpe de tos.

—¿Se le atragantó el humo del cigarrillo, señor Lexter...?

—Sí, eso ha debido ser —respondí.

—Bien, estoy a su disposición, señor Lexter —dijo Clara Mills, poniéndose en pie.

—Llámeme Bud —rogué.

—De acuerdo. ¿Qué quiere que haga, Bud?

Me levanté también y salí de detrás de mi mesa.

—Venga conmigo, Clara.

—Sí, jefe.

—Sin pitorreo.

—Oiga, que no es pitorreo...

Salimos del despacho.

Señalé la mesa que utilizara Ivonne Flinn e indiqué:

—Siéntese ahí.

Clara se apresuró a obedecer.

—Ya estoy sentada.

—Muy bien. Si suena el teléfono, conteste.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Por el momento, eso es todo.

—¿Todo...?

—Bueno, si viene alguien, atiéndalo.

—¿No tiene nada para pasar a máquina, mientras tanto?

—No, todo está al día.

—Qué lástima.

—No lo sienta, eso es bueno.

—Para mí no. Yo quiero trabajar.

—Yo también, pero no me buscan —rezongué.

Clara Mills sonrió suavemente.

—No se desanime, Bud. En todas las profesiones es difícil abrirse camino.

—En la mía más.

—Si otros han llegado arriba, usted también.

—Empiezo a dudarlo, Clara.

—Tengo una corazonada, ¿sabe?

—¿De veras?

—Sé que voy a traerle suerte.

En el instante en que yo iba a responder, la puerta se abrió, haciendo sonar la campanilla.

Me volví hacia allí, descubriendo al distinguido sujeto que ya estaba entrando en mi oficina. Frisaba los cuarenta años de edad, y era bastante alto y de complexión atlética: bien parecido, además. Lucía un cuidado bigote.

—¿El señor Lexter...? —preguntó, mirándome a mí.

—Soy yo —respondí.

El elegante cuarentón me tendió la mano, al tiempo que, con una cordial sonrisa, se presentaba:

—Me llamo Albert Simmons.

—Encantado, señor Simmons —repuse, estrechando su diestra, ancha y fuerte.

—Lo mismo digo, señor Lexter. ¿Su secretaria...? —preguntó, mirando a Clara.

—Sí —asentí—. Se llama Clara.

El cuarentón le ofreció también su mano.

—Mucho gusto, señorita.

—El gusto es mío, señor Simmons —sonrió encantadoramente Clara.

Sin mirarme, Albert Simmons dijo:

—Su secretaria es una chica preciosa, señor Lexter.

—Estamos de acuerdo —repuse.

Clara se ruborizó ligeramente.

—Son ustedes muy amables —dijo, bajando la mirada.

Albert Simmons soltó la mano de Clara y se encaró de nuevo conmigo.

—¿Pasamos a su despacho, señor Lexter? Tenemos que hablar.

Yo, que no podía ocultar mi satisfacción, porque sospechaba que el distinguido Simmons había venido a contratarme, y saltaba a la vista que era un cliente importante, me apresuré a tomarle del brazo y llevarlo hacia la puerta de mi despacho.

—Por aquí, señor Simmons, tenga la amabilidad.

—Gracias.

Mientras entraba a Albert Simmons en mi despacho, volví la cabeza un momento y miré a Clara Mills.

También ella estaba henchida de satisfacción, pues sospechaba lo mismo que yo, y pareció recordarme con su radiante mirada: «¿No le dije que le traería suerte, Bud?».

Y le lancé un beso al aire, porque no tenía tiempo de dárselo de verdad, y cerré la puerta. Señalé la silla que tenía frente a mi mesa.

—Tome asiento, señor Simmons.

—Muchas gracias.

Esperé a que el distinguido cuarentón se sentara y entonces rodeé la mesa y me senté en mi sillón.

Cuando lo miré de nuevo, Albert Simmons ya había extraído su pitillera de oro macizo. La abrió y me la ofreció.

—¿Señor Lexter...?

Tomé un cigarrillo.

—Gracias, señor Simmons.

Él tomó otro y se lo puso en los labios.

Accioné mi encendedor de gas.

Albert Simmons también accionó el suyo, y como era de oro macizo, como la pitillera, no me pareció correcto hacérselo apagar, así que apagué el mío y encendimos los cigarrillos con el suyo.

Esperé con impaciencia que mi distinguido cliente dijera algo, pero se limitaba a mirarme sin despegar los labios, fijamente, como esperando a que fuera yo quien hablara, lo hice:

—Bien, señor Simmons. Usted dirá en qué puedo servirle.

Albert Simmons, con la mayor naturalidad del mundo, me preguntó:

—¿Quiere usted asesinar a mi esposa, señor Lexter?

CAPÍTULO III

Como ya se pueden ustedes imaginar, me quedé de muestra.

Los ojos muy abiertos.

La boca de par en par, también.

El cigarrillo me resbaló de entre los dedos y cayó sobre la mesa, manchándola de ceniza.

Boquéé como un salmón recién pescado, y después de un par de intentos fallidos, conseguí balbucear con voz de flauta:

—¿Le importaría... le importaría repetirme la pregunta, señor Simmons...?

Albert Simmons, con irónica sonrisa, cabeceó.

—Con mucho gusto, señor Lexter. ¿Quiere usted asesinar a mi esposa?

—Gracias —dije, y alargué la mano hacia el teléfono.

Al ver que tomaba el auricular, Albert Simmons me preguntó:

—¿Qué va usted a hacer, señor Lexter...?

—¿Qué se puede hacer con un teléfono?

—Telefonar.

—Pues eso es lo que voy a hacer yo, señor Simmons; telefonar.

—¿A quién?

—A la policía o al manicomio. ¿Dónde prefiere usted? —le consulté, recuperado ya el tono normal de mi voz.

Albert Simmons rió alegremente.

—Déjese de tonterías, señor Lexter.

—¿De veras le parece a usted una tontería preguntarme si quiero asesinar a su esposa, señor Simmons...?

—¿Acaso ha pensado usted que deseo que la asesine de verdad?

—¿No es así...?

Albert Simmons volvió a reír.

—Naturalmente que no, señor Lexter. ¿Cómo iba yo a proponerle semejante disparate? Si hay en este mundo un marido

que adore a su esposa, ése soy yo. Y existen motivos para ello, créame. Tengo una esposa joven y hermosa, dulce, cariñosa, comprensiva, generosa... Y lo más importante de todo: me ama tanto como yo a ella, pese a tener quince años menos que yo.

Yo quedé paralizado por el desconcierto.

No hablaba.

No pestañeaba.

Sólo miraba fijamente a Albert Simmons.

Éste sonrió y dijo:

—Vamos, cuelgue ese auricular, señor Lexter.

Obedecí.

Lentamente y en silencio.

Seguía muy confuso.

Albert Simmons movió la cabeza.

—La verdad, no comprendo cómo ha podido usted pensar que...

—Su pregunta fue clara y directa, señor Simmons —repuse.

—Pero, hombre, señor Lexter... ¿Cree usted que si yo deseara contratar a alguien para asesinar a mi esposa, recurriría a un investigador privado...?

—No sería lógico, lo admito.

—Pues claro que no sería lógico. Contrataría a un asesino profesional.

—Es lo que estaba pensando yo.

—La cosa ha tenido gracia, sí —rió Simmons.

Yo no reí, porque para mí no tenía ninguna.

Además, seguía sin comprender qué diablos quería Albert Simmons de mí. Se lo pregunté:

—¿Qué desea usted de mí, señor Simmons?

—Que penetre esta noche en mi casa, después de las doce, y trate de llegar hasta mi dormitorio, en donde encontrará a Elizabeth, mi esposa. Si es que consigue llegar hasta nuestra alcoba, claro —sonrió misteriosamente Simmons.

—¿Tendría dificultades? —pregunté, entornando un ojo.

Albert Simmons asintió con la cabeza.

—Bastantes, señor Lexter.

—¿Por qué no habla más claro, señor Simmons? No me tengo por un tipo duro de mollera, pero la verdad es que no entiendo nada.

—La culpa es mía, porque me expliqué mal desde el principio —reconoció Simmons—. Debí empezar por decirle que soy un hombre rico que, de la noche a la mañana, ha decidido irrumpir en el campo de la política.

—¿Política...?

—Sí, señor Lexter. Quiero ser senador por el estado de Massachusetts. Y sé que puedo lograrlo. Personas muy importantes e influyentes apoyarán mi candidatura. Por desgracia, y como siempre suele ocurrir en estos casos, también existen personas que no quieren que yo llegue a ser senador de nuestro estado, por diversos motivos. Esa gente hará lo que sea con tal de impedir que yo logre mi propósito. De hecho, lo está haciendo ya. Diariamente recibo amenazas de violencia; incluso de muerte. Y lo que es peor, todas van dirigidas a mi esposa.

—Qué extraño —murmuré.

—No tan extraño, señor Lexter. Todo el mundo sabe que quiero a Elizabeth con locura, que daría mi vida con tal de evitar que ella sufriese daño alguno. Mis enemigos tampoco lo ignoran, claro. Por eso, en vez de amenazarme a mí, lo cual no serviría de nada, porque yo no soy de los que se asustan fácilmente, y mis enemigos lo saben, amenazan a mi esposa. Amenazas terribles, señor Lexter. Desde destrozarle la cara a golpes o quemarle los pechos y el sexo, hasta violarla salvajemente.

No pude evitar un estremecimiento al escuchar tamaña monstruosidad.

—Habría tomado usted medidas de seguridad, supongo... —observé.

—Por supuesto —asintió Simmons—. Pero no estoy seguro de que sean suficientes. Por eso estoy aquí, señor Lexter.

—No entiendo.

—Quiero contratarle para que haga de asesino, señor Lexter. De falso asesino, por supuesto. Sólo se trata de poner a prueba las medidas de protección adoptadas por mí. Si usted no consigue llegar hasta mi esposa, me sentiré mucho más tranquilo, porque quedaré convencido de que las medidas de seguridad son suficientes. Por el contrario, si logra llegar usted hasta Elizabeth, me veré obligado a adoptar otras medidas, porque eso significaría que un asesino de verdad podría llegar igualmente hasta mi esposa

y acabar con ella del modo que guste. ¿Lo entiende ahora, señor Lexter?

—Sí, ahora sí —respondí—. Pero se ha equivocado usted de hombre, señor Simmons. Yo soy investigador privado, y lo mío no es precisamente representar el papel de asesino profesional.

—Se lo pido como un favor especial, señor Lexter.

—Lo lamento, señor Simmons, pero no puedo complacerle.

—¿No siquiera por cincuenta mil dólares...?

Respingué en el sillón.

—¿Por cuántos dólares...?

—Cincuenta mil, señor Lexter —repitió Albert Simmons, con una sonrisa.

Pestañeeé repetidamente, incrédulo.

—¿De veras me pagaría usted cincuenta mil dólares por...?

—Si logra llegar hasta Elizabeth, sí; si no le es posible, le daré sólo diez mil.

—Cuarenta mil menos... —murmuré.

—Lo hago para que usted se esfuerce al máximo por llegar hasta Elizabeth, señor Lexter. Como se esforzaría sin duda un asesino de verdad.

—Entiendo.

—Antes de que me dé una respuesta definitiva, quiero advertirle algo, señor Lexter. Sólo mi esposa sabrá que usted va a intentar llegar hasta ella esta noche, a partir de las doce. Los guardaespaldas que vigilan mi casa, no. Si le descubren, le darán una paliza.

—¿Son muchos? —pregunté.

—Bastantes.

—Vaya.

—Por lo demás, no debe preocuparse, señor Lexter. Como yo le he contratado para hacer de asesino, y mi esposa lo sabe, no tendrá usted el menor problema, aunque sea descubierto y atrapado por los hombres que vigilan la casa.

—Recibir una paliza ya es un problema, señor Simmons.

—Lo sé. Pero ¿quién no se dejaría dar una paliza por diez mil dólares...? Y tiene la oportunidad de obtener cuarenta mil más, no lo olvide.

Miré con fijeza a Albert Simmons.

—¿Por qué ha acudido precisamente a mí, señor Simmons?

—Se lo diré con franqueza, señor Lexter: porque sé que necesita usted dinero.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Eso no importa.

—¿Qué más sabe usted de mí?

—Que es valiente, honesto, inteligente... La clase de hombre que yo necesito.

Me halagaron las palabras de Albert Simmons, no voy a negarlo. Suspiré y dije:

—Acepto su proposición, señor Simmons.

—Estaba seguro de ello —sonrió ampliamente Albert Simmons, satisfecho—. Por eso traje el dinero conmigo —añadió, llevándose la mano al bolsillo interior de su impecable chaqueta.

Extrajo un fajo de billetes de a cien, todos nuevos, y me los ofreció, diciendo:

—Estos diez mil ya son suyos, señor Lexter. Si quiere los otros cuarenta mil, ya sabe lo que tiene que hacer.

—Llegar hasta Elizabeth.

—Exacto.

—Le aseguro que haré todo lo posible.

—No me cabe la menor duda —rió Albert Simmons, y se puso en pie.

Yo, con los diez mil pavos en las manos, le imité.

—¿Se marcha ya, señor Simmons?

—Sí, tengo algunas cosas que hacer. Ahora, con esto de la política, soy un hombre muy ocupado, señor Lexter.

—Ya lo supongo.

Simmons me dijo dónde vivía y luego me tendió la mano.

—Hasta la noche, señor Lexter.

Se la estreché, diciendo:

—Le acompañaré hasta la puerta, señor Simmons.

—No se moleste, señor Lexter.

—No es molestia, señor Simmons.

—Ya sé que no, pero prefiero que me despidas su encantadora secretaria —me guiñó maliciosamente el ojo.

Reí.

—De acuerdo, señor Simmons. Que le despidas Clara.

—Gracias —rió también Albert Simmons, y abandonó mi

despacho.

Yo me dejé caer en el sillón y miré el hermoso fajo de billetes, sin acabar de creer que fuesen míos.

Así me sorprendió Clara Mills, cuando, tras despedir a Albert Simmons, entró corriendo en mi despacho.

—¡Bud...! —exclamó, quedándose parada al ver tanto dinero en mis manos.

Yo dejé el fajo de billetes sobre la mesa, me levanté, y fui hacia mi nueva secretaria, cuya delgada cintura rodeé con mis brazos, acercando su cuerpo al mío.

Un instante después, la besaba largamente en los labios.

Esos labios carnosos y húmedos que tanto me habían atraído desde el primer momento.

Clara no protestó.

O estaba demasiado perpleja, o es que le gustaba mi forma de besar.

Aunque pueda pecar de vanidoso, creo que era lo segundo.

He practicado tanto desde que dejé de ser un niño, que ahora soy un maestro en el arte de besar.

Seguí degustando los sabrosos labios de Clara Mills casi un minuto más. Luego separé mi boca de la de ella y la miré a los ojos, pardos y grandes, preciosos.

—Gracias, Clara.

—¿Por dejar que me besara?

—Por eso, y por traerme suerte.

—Le ha contratado el señor Simmons, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuánto dinero le ha dado...? —Clara miró el fajo de billetes.

—Diez mil dólares. Pero, con un poco de suerte, ganaré otros cuarenta mil.

—¡Ay! ¡Creo que me voy a desmayar, Bud!

—Yo sé cómo evitarlo —dije, y busqué de nuevo sus incitantes labios.

No pude alcanzarlos con los míos, porque ella me puso las manos en el pecho.

—Frene, jefe.

—Sólo trataba de reanimarla, Clara.

—A besos, ¿no?

—Suele dar buen resultado.
—Sus besos no reaniman, Bud. ¡Atontan!
—Cómo me halaga oír eso.
—Suélteme, Bud. Soy su secretaria, no su novia. —Porque usted no querrá.
—Desde luego que no.
—¿Qué pasa, no le gusto?
—Hombre, de cara no está usted mal.
—¿Y de qué estoy mal?
—De culo.
—¿Qué le pasa a mi culo?
—No quiero un novio con almorranas Rompí a reír.
—No es cierto, Clara.
—¿El qué no es cierto?
—Que yo tenga almorranas.
—¿Y por qué me dijo que...?
—Tiene usted unas piernas preciosas, Clara, y si me sentaba, no se las podía seguir contemplando. Lo de las hemorroides fue un pretexto para continuar de pie.
—¡Pero qué hombre tan sinvergüenza! —Se enfadó ella.
—Me gustan con locura las mujeres, no puedo evitarlo.
—¡Pues a mi me va a respetar usted, Bud Lexter, porque como no sea así...!
—¿Me dejará usted plantado, Clara?
—¡No, le dejaré tumbado, porque no dudaré en romperle el cenicero en la cabeza! ¿He hablado claro, Bud...?
—Muy claro, Clara.
—Bromitas con mi nombre, no.
—¿Qué culpa tengo yo de que claro suene casi igual que Clara?
—Ninguna, ya lo sé.
—Si le parece, en casos como éste, la llamaré Yema en vez de Clara.
—¿Yema...?
—También está dentro del huevo.
—¡Oh, era un chiste!
—¿Le ha hecho gracia?
—¡Ninguna!
—Clara... —susurré, intentando besarla de nuevo.

Volví a fracasar, porque Clara Mills se escabulló hábilmente de entre mis brazos y salió corriendo de mi despacho.

CAPÍTULO IV

La casa de Albert Simmons era una hermosa mansión, que se alzaba a pocos kilómetros de la ciudad, rodeada de árboles, setos y macizos de flores.

Un grueso muro de piedra circundaba la propiedad, cuyas puertas de hierro se hallaban vigiladas día y noche por un par de tipos.

Aquella misma mañana, y desde lo alto de una colina cercana, estudié la casa con unos prismáticos de largo alcance.

Saltar el muro me sería sumamente sencillo, pero penetrar en la casa ya no tanto.

Varios hombres la vigilaban.

También había perros.

Y qué perros...

Eran grandes como caballos.

De una sola dentellada podrían dejar manco a un hombre.

Y ese hombre podía ser yo.

Se me erizó la piel, porque ya me veía conduciendo mi coche con una sola mano.

Borré aquellos negros pensamientos de mi mente y seguí observando la casa.

Tenía piscina, naturalmente.

Una piscina preciosa.

Pero, para preciosa, la mujer rubia que se acercó a ella luciendo una vistosa bata corta.

Tenía unas piernas portentosas.

Cuando se despojó de la bata, que fue enseguida, pude comprobar que todo lo tenía perfecto.

El bikini era rojo.

Así se me puso a mí la cara, roja, porque el bikini era tan audazmente reducido, que se limitaba a cubrir los pezones de sus

pechos, el vello de su pubis y su sexo.

Todo lo demás, al aire.

A mi empezó a faltarme, pues la contemplaba con tanto entusiasmo que no me acordaba de respirar.

La venus rubia se lanzó de cabeza al agua, con inmejorable estilo.

Nos refrescamos los dos.

Mientras la escultura de carne y hueso braceaba suavemente en la piscina, yo pensé en Albert Simmons.

Le envidié.

Sí, porque no me cabía la menor duda de que aquella diosa rubia era Elizabeth, su esposa.

Simmons era un idiota.

Con una mujer así, iba a dedicarme yo a la política...

¡Y un cuerno!

Le dedicaría todo mi tiempo a ella.

El del día y el de la noche.

Sobre todo, el de la noche.

Claro que yo sólo tenía veintisiete años, y Albert Simmons andaba ya por los cuarenta.

De los cuarenta para arriba, no te mojes la barriga.

Elizabeth Simmons, como solo tenía veinticinco, se lo estaba mojando todo.

Yo, siempre a través de los prismáticos, seguí sus evoluciones en la piscina.

La fascinante Elizabeth permaneció sólo unos minutos en el agua.

Luego, salió de la piscina y se echó en una tumbona, boca arriba, recibiendo los rayos del sol sobre su maravilloso cuerpo mojado y prácticamente desnudo.

Por mi gusto, hubiera continuado observándola hasta que ella se hubiese retirado, pero tenía muchas cosas que hacer, todavía, guardé los prismáticos y descendí de la colina, yendo en busca de mi coche.

Por la noche, faltando todavía quince minutos para las doce, trepé de nuevo a la misma colina, los prismáticos al cuello.

Enfoqué la casa de Albert Simmons.

La iluminación, un verdadero derroche de energía, no iba a

facilitarme las cosas, precisamente.

Los guardaespaldas de Simmons merodeaban la casa.

Y los perrazos.

Pero éstos traía yo algo muy especial.

Esperé a que mi reloj digital señalase las doce de la noche.

Entonces, me bajé de la colina y corrí hacia mi coche, donde dejé los prismáticos y tomé una bolsa de cuero, la cual me eché a la espalda.

Caminé con rapidez hacia el muro que rodeaba la propiedad de Albert Simmons.

Mis pisadas no se oían, pues calzaba zapatillas de deporte.

También mi indumentaria era la adecuada para un caso como aquél.

Camisa y pantalón negros; ceñidos y ligeras, ambas prendas.

De haber tenido el pelo rubio, me lo hubiera teñido de negro, pero como éste era mi color natural, me ahorré ese trabajo.

Alcancé el muro de piedra y lo salté sin dificultad.

Avancé por entre los árboles, agazapado y silencioso como un gato.

Perro los perros tenían un oído tan fino...

Algo debieron oír, porque gruñeron y vinieron hacia mí.

Eran tres, pero abultaban como nueve.

Abrí rápidamente mi bolsa y extraje los pedazos de carne preparada que traía en ella.

Sin dejarme ver, se los eché a los perros.

Los tres se detuvieron y olfatearon la carne.

No debieron encontrar nada anormal, pues empezaron a comérsela.

No dejaron ni un solo pedazo.

Enseguida les entró la modorra.

Eran los efectos del narcótico que yo había inyectado en la carne.

Los perros se tumbaron en el suelo, como para echar la siesta.

Pocos segundos después, dormían los tres como benditos.

Me felicité a mí mismo.

Pero aún era pronto para felicitaciones.

Los guardaespaldas seguían allí, rondando la casa.

Y a ellos no podía echarles pedazos de carne preparada.

Para los guardaespaldas traía otra cosa: jarabe de porra maciza.

¿Querrían tomárselo...?

Yo, desde luego, pondría todo mi empeño en ello.

Con tal fin, extraje la porra que llevaba en la bolsa de cuero y avancé por entre los setos, buscando la parte trasera de la casa, que era donde estaba la hermosa piscina.

Dos hombres vigilaban ese lado de la mansión.

Por fortuna, no estaban juntos.

Eso me hubiera puesto las cosas más difíciles.

Me acerqué sigilosamente al primero de ellos.

El tipo, alto como una torre y con una tirada de hombro a hombro impresionante, levantó la cabeza y miró al cielo.

Vio las estrellas.

Las del firmamento, y las que le hice ver yo con mi golpe de porra.

Un golpe duro.

Seco.

Preciso.

El tipo se desplomó en el acto, sin emitir grito alguno, y yo, para evitar que su corpachón ocasionase ruido al chocar contra el suelo, lo sostuve por debajo de los brazos y lo deposité suavemente sobre el verde césped.

El, otro individuo ni se enteró.

Mejor para mí y peor para él.

Fui en su busca, porra en mano.

El tipo, tan alto y tan ancho de hombros como su compañero, no miró al cielo, pero vio igualmente las estrellas cuando le aticé en todo el coco.

Se derrumbó al instante, como el otro, sin exhalar el más leve gemido.

A éste no lo sostuve por los sobacos, porque en aquel lado de la casa no había más guardaespaldas, y nadie podría oír el sordo ruido que produjo su macizo cuerpo al estrellarse contra el césped.

Sin perder un solo segundo, me introduje en la casa y me fui escaleras arriba.

No sabía cuál era la alcoba de los Simmons, pero confiaba en encontrarla pronto.

Tenía los otros cuarenta mil dólares al alcance de mi mano.

No podía fallar ahora.

Vi una puerta al fondo.

Fui hacia ella y pegué el oído a la hoja de madera.

No oí nada.

Atrapé el pomo y lo hice girar con suavidad.

Luego, empujé la puerta lo suficiente como para meter la cabeza por el hueco y mirar lo que había al otro lado de la misma.

No pude ver mucho, porque la habitación se hallaba en penumbra.

Desde luego, era un dormitorio.

Podía distinguir la cama.

Una cama muy amplia.

Parecía que alguien descansaba en ella.

¿Sería Elizabeth Simmons...?

Deseé fervientemente que fuera así, y no hace falta que explique por qué.

Ustedes ya lo saben.

Empujé más la puerta y me colé en la habitación.

Con la respiración contenida, esperé a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad de la alcoba y me permitiesen ver mejor.

Esto no tardó en ocurrir, y casi di un brinco de alegría al descubrir la rubia cabellera de la mujer que yacía en la cama, boca abajo.

¡Era Elizabeth Simmons!

Me acerqué a ella.

La subyugante Elizabeth se cubría con un insinuante camisón negro, de encaje, y como hacía más bien calor en la habitación, la sábana permanecía enrollada a los pies de la cama.

La brevedad del camisón le permitía exhibir sus hermosas piernas. Bajo la nocturna prenda, una exigua braguita con un lacito rojo a cada lado.

Yo ya estaba junto a la cama, admirando de cerca los prodigiosos miembros inferiores de Elizabeth Simmons y su firme y torneado trasero.

Aunque hubiera preferido tocarle otras cosas, me limité a tocarle el hombro, al tiempo que la llamaba:

—Señora Simmons...

Ella no se movió.

—Señora Simmons... —volví a llamarla, zarandeándola con suavidad.

Elizabeth Simmons siguió quieta.

Dormida.

¿Tan pesado tenía el sueño...?

Le llamé por tercera vez y le zarandeé con algo más de vigor, para ver si así...

Pues no.

Elizabeth Simmons siguió dormida.

A mi empezó a ponerme mosca aquello.

Actué con más decisión y energía.

—¡Despierte, señora Simmons! —insistí, al tiempo que la agarraba por los hombros y la ponía boca arriba.

Entonces comprendí por qué Elizabeth Simmons no se despertaba.

Sus ojos espantosamente dilatados, mirando sin ver, y su boca abierta, la lengua colgándole fuera, me revelaron que estaba muerta.

La esposa de Albert Simmons había sido asesinada.

Estrangulada.

Y hacía tan poco de eso, que su cuerpo aún se conservaba caliente.

CAPÍTULO V

Yo me quedé frío.

Helado, más bien.

Solté los todavía cálidos hombros de Elizabeth Simmons.

Con la aprensión natural de quien sabe que ha estado tocando un cadáver.

Incluso retrocedí un paso.

Sin apartar mis asombrados ojos del rostro de la esposa de Albert Simmons.

Un rostro que había dejado de ser hermoso.

Ahora era horrible.

Empezaba a comprender que me habían tendido una trampa, y yo había caído ingenuamente en ella.

Albert Simmons, o como quiera se llamase realmente el elegante sujeto que aquella mañana hablara conmigo en mi oficina, me había engañado como un chino.

Él ya había planeado acabar con Elizabeth Simmons, pero necesitaba a alguien para que cargase con las culpas.

Y ese alguien era yo, naturalmente.

El ingenuo de Bud Lexter.

El primo de Bud Lexter.

El imbécil de Bud Lexter.

Si me atrapaban en aquella casa, no habría Dios que demostrase que yo no había estrangulado a Elizabeth Simmons, que ya estaba muerta cuando me colé en su alcoba.

Porque, lógicamente, la policía no iba a creer la historia que les contaría, por muy cierta que fuese.

Tenía que largarme.

Y cuanto antes.

Si me cazaban los guardaespaldas de Albert Simmons, estaba perdido. La policía me encerraría y ya no me sería posible aclarar el

asesinato de Elizabeth Simmons.

Retrocedí hacia la puerta, la cual abrí cautelosamente, aplicando el ojo a la grieta.

No vi ni oí a nadie.

Con el mayor sigilo, pero sin entretenerme, salí de la alcoba y cerré la puerta, echando a andar hacia la escalera.

Estaba a punto de llegar abajo, cuando de pronto surgió uno de los guardaespaldas de Albert Simmons.

El tipo se quedó tan parado como yo.

—¿Quién diablos...? —empezó a decir, llevándose la diestra a la axila.

Estaba claro que no era para rascársela, sino para sacar una pistola. Y no de juguete, precisamente.

Había que hacer algo.

Y lo hice.

Di un prodigioso salto y caí sobre el individuo, derribándole.

Rodamos los dos por el brillante suelo.

Yo me levanté antes que el tipo.

El, desde el suelo, intentó de nuevo sacar su arma, porque antes no había tenido tiempo.

Como yo seguía empeñado en que no lo tuviera, disparé la pierna derecha, tomando como blanco la cuadrada mandíbula del individuo.

De haber llevado zapatos, le hubiese hecho más daño, pero como llevaba zapatillas, el golpe no fue ni mucho menos definitivo.

No obstante, el tipo lanzó un aullido de dolor y cayó de espaldas, propinándose un buen coscorrón contra el suelo.

Como, además, evité que extrajera su pistola, no me pude quejar de los resultados del patadón zapatillero.

Pero había que poner fin a aquello.

Y pronto.

El tipo podía llamar a gritos a sus compañeros y entonces sí que me sería difícil abandonar la propiedad de Albert Simmons.

Antes de que al guardaespaldas se le ocurriera hacerlo, me arrojé sobre él y le propiné dos buenos puñetazos en el rostro.

El individuo quedó medio atontado.

Como yo quería que se quedase atontado del todo, le aticé otro puñetazo, éste entre ceja y ceja.

El tipo se durmió sin darme las buenas noches.

Le perdoné su falta de educación y me erguí de un salto, echando a correr hacia la puerta por la que se salía a la piscina, que era la que yo había utilizado para colarme en la casa.

Casi la había alcanzado ya, cuando empecé a oír gritos fuera de la casa.

Ésta casi se me cayó encima.

Lo que yo temía, había ocurrido ya.

Los guardaespaldas de Simmons debían de haber descubierto los perros, tumbados a la bartola, o a sus dos compañeros, los que yo había dormido con mi porra.

Oí pasos precipitados.

Los tipos venían hacia la casa.

No tuve más remedio que esconderme, detrás de una cortina.

Dos hombres irrumpieron en la casa, pistola en mano.

Yo ya había extraído mi porra de la bolsa de cuero.

Los fulanos pasaron tan cerca de la cortina que me ocultaba, que no pude resistir la tentación de darles a probar mi jarabe de porra maciza.

Mientras le ponía la zancadilla al que iba delante, le casqué con la porra al otro, en toda la frente.

Se vinieron los dos abajo estrepitosamente, aunque por distintos motivos.

El sujeto zancadilleado por mi soltaba tacos de dos en dos, mientras rodaba por el suelo como una pelota.

Yo le perseguí porra en mano y lo hice callar de un duro golpe en el cuello, sobre la arteria carótida.

Quedó tan inconsciente como el otro.

Sin perder un segundo más, corrí hacia la puerta y la crucé.

Se seguían oyendo voces y gritos, pero menos.

La mayoría de los guardaespaldas debían estar ya dentro de la casa, buscándome.

Mejor para mí.

Eché a correr hacia los setos, encogido.

Alguien debió verme, porque oí gritar:

—¡Por allí va!

Me acordé del padre del tipo que me había descubierto y le di con más ganas aún a las piernas.

—¡Disparadle! —rugió otro.

Empezaron a sonar los estampidos, y las balas pasaron muy cerca de mí, silbando agudamente.

Me arrojé de cabeza detrás de un seto, para evitar que alguno de los plomos me alcanzara.

Un instante después, corría velozmente pegado a él sin asomar la testa, para que no me la volasen de un balazo.

Los guardaespaldas de Simmons seguían disparando como locos.

Yo no dejé de correr.

Afortunadamente, los setos eran bastante altos y había muchos así que logré llegar hasta los árboles sin que ningún proyectil mordiera mi carne.

Allí, la iluminación era escasa, por hallarse más distantes de la casa que los setos, y eso me favoreció bastante.

Pese a ello, fui nuevamente descubierto por los hombres de Albert Simmons.

—¡Allí está! —rugió alguien.

Volvieron a silbarme las balas.

Por fortuna, el muro de piedra estaba ya muy cerca.

Lo salté de un modo tan fantástico, que si llega a ser en una Olimpiada me gano la medalla de oro en la modalidad de salto sin pértiga.

Claro que el batacazo que me di cuando aterricé al otro lado del muro, sobre la dura tierra, fue morrocotudo.

Todavía no me explico cómo no me rompí ningún hueso.

Me incorporé todo lo rápidamente que pude y corrí hacía mi coche, cojeando sensiblemente, porque me dolía bastante la cadera.

Y algunas cosas más, también.

Los guardaespaldas de Simmons habían dejado de disparar.

Yo alcancé mi coche, lo puse en marcha, y salí zumbando de allí.

CAPÍTULO VI

Pulsé el timbre del apartamento de Clara Mills. Largamente.

Mi nueva y simpática secretaria debía de hallarse en la cama, durmiendo a pierna suelta, y si el timbrazo era breve, no se despertaría.

Tuve que esperar casi dos minutos.

Transcurrido ese tiempo, la puerta se abrió; pero poco, sólo lo que permitía la cadena de seguridad.

Clara era una chica precavida, no cabía duda.

Me miró como si estuviera viendo un marciano.

—Es usted, Bud... —murmuró.

—Sí, soy yo, Clara —le sonreí.

—¿Qué diablos quiere?

—Hablar con usted.

—¿Sabe qué hora es...?

—Más de la una.

—Me ha sacado de la cama.

—Es la primera vez que hago eso con una mujer, se lo aseguro. Normalmente, suelo meterlas en ella.

—Si ha venido a eso, pierde el tiempo.

—No la entiendo.

—Ya lo creo que me entiende.

—Clara, estoy en un apuro.

—¿De veras?

—La policía ya me debe de estar buscando.

—¿Ha matado a alguien?

—A Elizabeth Simmons.

—Qué hombre tan malo.

—Es cierto, Clara. Bueno, no es cierto.

—Hay que ver lo claro que habla usted, Bud.

Me pasé la mano por la cara.

—Estoy un poco nervioso, Clara.

—Ni que fuera la primera vez que le propone a una chica irse a la cama.

—¿Le he propuesto yo eso a usted?

—Todavía no, pero sospecho que no tardará.

—Bueno, tal vez lo haga, pero le juro que no estoy aquí por eso. He venido porque...

—Porque ha matado a Elizabeth Simmons, ya me lo ha dicho.

—No, yo no la he matado. Cuando entré en su alcoba ya estaba muerta.

Clara Mills pestañeó graciosamente.

—¿Que entró usted en la alcoba de Elizabeth Simmons...?

—Sí.

—¡Oh, es usted más sinvergüenza de lo que yo creía!

—Albert Simmons me contrató para eso, Clara.

—¿Para hacerle el amor a su mujer...?

—Déjeme entrar y se lo explicaré.

—No me fío.

—¿De quién?

—De usted.

—Eso es porque todavía no me conoce bien.

—Cuando le conozca mejor, aún me fiaré menos, estoy segura.

—Clara, por favor... —supliqué, poniendo cara de santo.

—Está bien, entre —gruñó ella, desenganchando la cadena de seguridad.

Abrió la puerta y yo penetré en su apartamento, amplio y moderno.

Debía ser cierto lo de que Clara Mills no necesitaba trabajar para comer.

—¿Cojea usted, Bud...? —observó ella.

—Sí, un poco —respondí, tocándome la cadera derecha—. Oh, sí tiene la camisa desgarrada y sucia de tierra... —Sí.

—¿Le atropelló un coche...?

—No, salté un muro de piedra. Y como me olvidé de poner una colchoneta al otro lado...

—Dios mío, el batacazo debió ser tremendo.

—Así estoy yo, de dolorido —contraí el rostro.

—Venga conmigo, Bud —rogó Clara, cogiéndome del brazo.

Me condujo al *living* y me hizo sentar en el sofá.

—Quítese la camisa.

Obedecí, quedando con el torso desnudo.

Clara me observó el pecho, la espalda, y los costados.

—Tiene una contusión en el hombro y otra en el codo, amén de algunos rasguños.

—Lo que más me duele es la cadera.

—Abrase el pantalón.

Respingué en el sofá.

—¿Qué pretende, Clara...?

—Verle la cadera.

—¿Seguro que sólo quiere verme la cadera?

—¿A que le aflojo un molar de una bofetada? —me amenazó ella, levantando la mano.

Carraspeé.

—Sólo era una broma, Clara.

—No estoy para bromas, Bud. Y usted tampoco.

—Tiene razón —repuse, y me abrí el pantalón.

Clara me bajó un poco el *slip*, para poder observarme mejor la cadera lastimada.

—Una coz de elefante le hubiera hecho menos daño —comentó.

—Caí sobre este lado del cuerpo y...

—¿Pero cómo se le olvidó poner la colchoneta, hombre?

—De haber sabido que me vería obligado a saltar el muro con tanta precipitación, la hubiera puesto, se lo aseguro —rezongué.

—Espere, tengo algo que le irá bien.

—Todo lo que usted tiene me iría bien —repuse, observándola significativamente.

Clara me miró con severidad.

—Si se pone en plan conquistador, le atenderá la cadera su abuela.

—Pobre, con la de años que hace que murió.

—Recemos por ella, pues.

—Recemos.

Clara se alejó.

Iba en bata.

Me pregunté si llevaría algo debajo.

De llevar, muy poco, porque sus esbeltas formas de mujer joven

y llena de vida quedaban perfectamente dibujadas bajo la bata.

No tardó en regresar, con un botiquín en las manos.

Mientras se ocupaba de mi contusionada cadera, rogó:

—Cuénteme lo que le pasó, Bud.

—Empezaré por el principio, porque usted sólo sabe que Albert Simmons me contrató, pero no para qué.

—No, no lo sé, porque usted nada me dijo.

Le referí mi conversación con Simmons, o quien quiera que fuese realmente el tipo que se presentó en mi oficina con ese nombre. Después le conté lo que había pasado en la casa de Albert Simmons.

Clara Mills palideció.

—Pobre señora Simmons... —musitó.

—Sí, una pena —convine—. Tan joven, tan hermosa, y morir así, estrangulada...

—¿Quién la mató?

—Eso es lo que tengo que averiguar, Clara. Forzosamente, además, porque si no cargaré yo con el crimen.

—Yo creo que fue Albert Simmons. Quería deshacerse de su mujer, y...

—¿Por qué iba Albert Simmons a querer deshacerse de su mujer? —La interrumpí.

Seguramente le engañaba con otro hombre, más joven que él. El señor Simmons lo descubrió, y se la cargó.

—No lo creo, Clara.

—¿Quién, entonces?

—No lo sé, pero estoy seguro de que no fue Albert Simmons. Es más, sospecho que el tipo que estuvo esta mañana en mi oficina era un impostor.

—¿No era Albert Simmons...?

—No, Clara. Aunque la historia que me contó puede que sea cierta. El verdadero Albert Simmons aspira a ser senador por el estado de Massachusetts, y a ciertas personas no les conviene que lo sea. Le amenazaron con golpear, torturar, y hasta violar a su joven y bella esposa. Simmons, en vez de desistir, tomó fuertes medidas de seguridad, muy difíciles de salvar. Sus enemigos decidieron asesinar a su esposa. Y la asesinaron, preparándolo todo de manera que yo cargase con las culpas. Y su plan estuvo a punto de dar

resultado, porque si los guardaespaldas de Simmons me hubiesen abatido a tiros, nadie hubiese puesto en duda que yo asesiné a Elizabeth Simmons. La policía hubiera encontrado los diez mil dólares que guardo en mi oficina, llegando fácilmente a la conclusión de que ésa era la suma que me habían pagado por asesinar a la esposa de Albert Simmons.

Clara Mills siguió mirándome fijamente, sin decir nada.

Yo proseguí:

—En el caso de que los hombres de Albert Simmons me hubiesen atrapado vivo, yo hubiera cargado igualmente con el asesinato de Elizabeth, pues la policía no creería mi historia. Y, más, no siendo el verdadero Albert Simmons quien habló conmigo, sino un impostor. Así aún resulta más absurda. Tengo también en mi contra otra circunstancia: que ando escaso de dinero. Ya es sabido que algunas personas, por dinero, se prestan a lo que sea. Incluso a cometer un crimen. Los enemigos de Albert Simmons supieron elegir al hombre adecuado, no hay duda.

Clara Mills, que ya había terminado con mi cadera, me tomó cariñosamente la mano.

—No se preocupe, Bud. Yo declararé en su favor.

—¿Y qué puede declarar usted, Clara?

—Fui testigo de que un tipo que dijo llamarse Albert Simmons fue a contratarle para...

Moví la cabeza en sentido negativo.

—No, Clara. Usted sólo fue testigo de que ese tipo vino a mi oficina, pero no para qué. Lo sabe porque se lo he contado yo, pero no estuvo presente en nuestra conversación. Su testimonio no me serviría de nada.

Ella me oprimió la mano.

—¿Qué piensa hacer, Bud?

—De momento, pasar la noche aquí, en su apartamento. Si a usted no le importa, naturalmente.

—¿Le da miedo volver por su casa?

—Sí. Como antes le dije, es posible que la policía ya me ande buscando. El tipo que me preparó la trampa se encargará de eso. A él no le conviene que yo esté libre. Seguro que no esperaba que pudiera escapar de la casa de Albert Simmons.

—Entonces, tampoco podrá usted volver por su oficina, Bud...

—Hasta que todo esto se aclare, no —respondí.

Clara se mordió los labios, apenada.

—Y yo que pensaba que le iba a traer suerte...

Le acaricié el rostro con la mano izquierda, porque la derecha seguía entre las de ella.

—Usted no tiene la culpa de nada, Clara.

—Le traje desgracia, en vez de suerte.

—Me trajo alegría, porque yo me sentía solo y triste en mi oficina, y ya estaba empezando a pensar en mandarlo todo al diablo. Con su llegada, mi estado de ánimo cambió.

Clara me sonrió y preguntó:

—¿Cómo se llamaba la secretaria que tenía antes?

—Ivonne.

—¿Cuántos años tenía?

—Veinticuatro.

—Yo soy más joven, sólo tengo veintiuno.

—Una edad maravillosa.

—¿Era bonita?

—¿Quién?

—Ivonne.

—Sí, era una chica bastante atractiva.

—¿Cariñosa?

—Mucho.

—Pasaban buenos ratos juntos, ¿eh?

—Algunos.

—Ha salido usted perdiendo con el cambio, pues.

—¿Por qué?

—Yo soy más bien arisca, y no me dejo acariciar por los hombres.

—Yo le estoy acariciando el rostro...

—Me refería a otras cosas.

—Ya.

Clara Mills me soltó la mano y se apartó de mí.

—Puede quedarse en mi apartamento, Bud.

—Gracias.

—Ese sofá puede convertirse en cama. Le traeré algo para cubrirse.

—Clara...

—¿Qué?

—Nada.

—El que nada no se ahoga —sonrió ella, y se introdujo en su dormitorio.

Un instante después salía de él con una sábana doblada en las manos.

—Aquí tiene, Bud.

—Gracias.

—Buenas noches.

—Preferiría que me las diera con un beso. ¿Es mucho pedir?

—No, siempre que se conforme con eso.

—Si no quiere darme nada más...

—Ni quiero ni debo. Yo no soy como Ivonne, ya se lo he dicho.

—De acuerdo, me conformaré con un beso.

Clara se inclinó y me lo dio.

Un beso dulce y cálido, pero demasiado corto para mi gusto.

—Gracias, Clara.

—De nada —respondió ella, y caminó hacia su dormitorio.

Antes de meterse en él se volvió y me miró.

—No será necesario que cierre mi puerta con llave, ¿verdad?

—No estaría de más. Soy sonámbulo, y ya sabe que los sonámbulos...

—Sonámbulo o no, si asoma la nariz por esta puerta se la machaco de un zapatazo. Está advertido, Bud —gruñó Clara, y se introdujo en su habitación.

CAPÍTULO VII

Cuando me desperté, mi reloj marcaba las diez horas y quince minutos. Incorporé inmediatamente el torso y bajé las piernas del sofá-cama, enrollado todavía con la sábana.

Descubrí a Clara Mills en la cocina.

—¡Clara! —La llamé.

Ella vino hacia mí, en bata.

—Buenos días, Bud —me sonrió—. ¿Ha dormido bien?

—Sí, pero demasiado. ¿Por qué no me despertó?

—¿Acaso me dijo usted que le despertara a una hora determinada?

—No, pero...

—No se apure, hombre. Sólo son las diez y cuarto.

—Los periódicos de la mañana ya llevan horas en la calle.

—Usted no es un periódico, Bud.

—Muy graciosa —rezongué.

—¡Huy!, me parece que usted se na levantado hoy de mal humor.

—Tengo motivos, ¿no?

—¿Qué motivos?

—La policía debe creerme el autor del asesinato de Elizabeth Simmons; me sigue doliendo la cadera, aunque menos; he dormido solo... ¿Le parece poco?

—Yo no tengo la culpa de nada de eso.

—De lo último sí.

—Debí hacerle un sitio en mi cama, ¿no?

—No hubiera hecho nada del otro mundo.

—Ya sé que no. Todo lo que se hace en una cama es de este mundo, no del otro.

—Bueno, dejemos el tema.

—Sí, será lo mejor.

—Quítese la bata, Clara.

—¿A que le sacudo?

Me eché para atrás, porque Clara había levantado la mano.

—Frene, mal pensada.

—¡Quiere que me desnude!

—Al contrario, quiero que se vista.

—¿Que me vista...?

—Sí, para bajar por los periódicos de la mañana. Quiero leer todo lo que se dice del asesinato de Elizabeth Simmons. Bajaría yo, pero...

—No, será mejor que baje yo.

—Gracias, Clara.

—Corro a vestirme.

—Dígame antes dónde tiene el cuarto de baño.

—Allí lo tiene —Clara señaló una puerta.

Yo esperé a que ella se metiera en su habitación.

Entonces aparté la sábana, tomé mi pantalón, y cubierto sólo con el *slip* me dirigí al cuarto de baño, entrando en él.

Después de hacer esa cosa que nadie puede hacer por uno, me puse bajo la ducha y abrí la llave del agua fría. Empecé a frotarme el cuerpo con la pastilla de jabón, que era de la mejor calidad.

Estaba a punto de concluir con la ducha, cuando empezaron a aporrear la puerta.

—¡Bud!... ¡Salga enseguida, Bud...!

Era Clara Mills, naturalmente.

Y parecía muy excitada.

Tanto, que no perdí el tiempo secándome el cuerpo. Me limité a enrollarme la toalla a la cintura y salí del cuarto de baño.

—¿Qué diablos ocurre, Clara...? —exclamé.

Clara Mills, que se había puesto un ceñido pantalón blanco y una liviana blusa color naranja, casi pegó a mi cara uno de los periódicos que había comprado.

—¡Tenía usted razón, Bud...! ¡El sujeto que fue a su oficina no era Albert Simmons...! ¡El verdadero Albert Simmons es éste, el de las fotografías!

Tomé con mis húmedas manos el periódico que me mostraba Clara y lo retiré unos diez centímetros de mi cara, porque desde tan

cerca no podía ver con claridad.

La página entera hablaba del asesinato de Elizabeth Simmons, y se insertaban tres fotografías en ella.

La primera correspondía a Elizabeth Simmons, viva; la segunda, a Albert Simmons, su esposo; y, en la tercera, aparecían ambos, en el día de su boda.

Yo me fijé detenidamente en las dos últimas.

En Albert Simmons, más concretamente.

No era el tipo que hablara conmigo la mañana anterior, desde luego, aunque también se trataba de un hombre de mediana edad, alto, fuerte, y no mal parecido.

Empecé a leer lo que se decía del suceso.

No se mencionaba mi nombre para nada, pero claro, la descripción que se daba del asesino era la mía, y se aseguraba, además, que no tardaría en caer en manos de la policía.

Ni lo uno ni lo otro me sorprendió en absoluto.

Tampoco me sorprendió leer que Albert Simmons había regresado urgentemente de Nueva York —donde se hallaba desde hacía dos días—, al serle comunicada la muerte de su esposa.

Yo ya suponía que el verdadero Albert Simmons se hallaba ausente de Boston la noche anterior.

La gentuza que planeara el asesinato de su esposa había sabido elegir el momento adecuado para llevarlo a cabo.

Terminé de leer la crónica del suceso.

Elizabeth Simmons, al parecer, había sido estrangulada con una delgada cuerda de nylon. La hora, alrededor de las doce de la noche.

Esto último lo sabía yo mejor que nadie.

No olvidaba que el cuerpo de Elizabeth Simmons aún estaba caliente cuando yo la tomé por los hombros y la puse boca arriba.

En la crónica se hablaba también de la intención de Albert Simmons de presentarse candidato a senador por el estado de Massachusetts, y de las amenazas que había venido recibiendo en los últimos días.

Para el firmante de la crónica, el móvil del crimen no ofrecía duda alguna: Elizabeth Simmons había sido asesinada porque su esposo no cambió de parecer en lo referente a su presentación como candidato a senador en las próximas elecciones.

Para mí, la cosa tampoco ofrecía dudas.

Y para nadie, supongo.

Bajé el periódico y miré a Clara Mills.

—La historia que me contó el falso Albert Simmons era totalmente cierta, Clara. Su deseo de irrumpir en el campo de la política, las amenazas a su esposa... Aquí se habla de ello.

—Sí, lo he leído.

—También se habla de mí.

—Nadie dice que Bud Lexter sea el asesino.

—Es lo único que se omite, mi nombre. Todo lo demás...

—Usted no estranguló a Elizabeth Simmons, Bud.

—No, pero todo el mundo creerá que lo hice, si no demuestro mi inocencia.

—La demostrará. Estoy segura.

—Sólo hay un modo de conseguirlo: atrapar al falso Albert Simmons y obligarle a confesar.

—Búsquelo, Bud.

—No puedo buscarlo, Clara. Al menos, por el momento. La policía me anda buscando a mí, no lo olvide. No puedo arriesgarme a que me atrapen, sería el fin de todo. Necesito que alguien busque al falso Albert Simmons por mí.

—Yo puedo hacerlo, Bud.

Le acaricié la mejilla.

—Gracias, Clara, pero no es usted la persona indicada.

—Déjeme intentarlo, al menos.

—No, ya sé quién puede encargarse de buscar al tipo. Suponiendo que logre convencerle, claro.

—¿Quién, Bud?

—Gerald Spicer, uno de los mejores investigadores privados de Boston.

Clara se alegró.

—¿Es amigo suyo...?

—No, ése es el problema. La última vez que nos vimos, le asesté un tremendo puñetazo en el mentón y le dejé sin sentido.

La alegría de Clara se esfumó.

—¿Por qué le pegó usted...?

—Ivonne me dejó por su culpa. Le hizo una oferta muy tentadora y como yo ya le debía tres meses de sueldo, Ivonne no lo

dudó —expliqué.

—¿Trabaja ahora para Gerald Spicer...?

—Sí.

—Por eso le sacudió usted al tal Gerald, ¿eh?

—Sí.

—Más vale que no vaya a verle, pues. Perderá el tiempo.

—Tal vez. Pero es el único que puede ayudarme.

—No querrá hacerlo, Bud.

—Tengo que intentarlo.

—De acuerdo, vaya a verle.

De pronto, se me ocurrió preguntar:

—¿Qué tal dibuja usted, Clara?

—No se me da mal.

—¿Sería capaz de plasmar el rostro del falso Albert Simmons en un papel?

—No lo sé, pero puedo intentarlo.

La tomé por los hombros.

—Hágalo, Clara. Y procure sacarle el mayor parecido posible.

—Me esforzaré al máximo, se lo aseguro.

—Sé que lo hará —dije, y la besé en los labios.

Ella me sonrió.

—Ya está de mejor humor, ¿eh?

—Sí —respondí.

—Me alegro.

—Corra a hacer ese dibujo, Clara.

—Y usted corra a vestirse, no sea que se le caiga la toalla y...

—No vería usted nada del otro mundo.

—No, ya sé que es de éste, pero prefiero no verlo. Estoy poco acostumbrada a contemplar hombres desnudos.

—Pues ahora mismo va usted a contemplar uno —dije, e hice ademán de soltarme la toalla.

Clara Mills pegó un chillido y echó a correr, exclamando:

—¡No sea usted cochino, Bud!

Yo, riendo, volví a meterme en el cuarto de baño.

Con la toalla puesta, naturalmente.

Lo de quitármela sólo había sido una broma.

CAPÍTULO VIII

Cuando salí del baño, con los pantalones puestos, Clara Mills ya había empezado a dibujar al falso Albert Simmons.

Me acerqué a ella, descalzo y con el torso desnudo, observé su trabajo. Quedé asombrado, pues, pese a las pocas líneas trazadas sobre el blanco papel, ya se advertía que aquella cara era la del tipo de dijera llamarse Albert Simmons.

—¡Es fantástico, Clara! —exclamé.

Ella sonrió, halagada.

—No me está saliendo mal, ¿verdad?

—¡Le está saliendo perfecto!

—Espere a que esté terminado y verá. Mientras tanto, coma algo. En la mesa de la cocina encontrará café, tostadas y mermelada de albaricoque. ¿Le gusta la mermelada de albaricoque...?

—Me gusta más usted —respondí, y le solté un beso que casi se le caen la libreta y el lápiz de las manos.

—Besando me acuesto y besando me levanto, ¿eh? —dijo ella, cuando dejé su boca libre.

—Soy un besucón empedernido —admití, y me dirigí a la cocina.

Me senté a la mesa y desayuné con buen apetito.

El café estaba delicioso; las tostadas, riquísimas; y la mermelada de albaricoque, como para comerse un kilo.

Así me puse yo...

Estaba apurando mi segunda taza de café y despachando mi octava tostada, bien cargadita de mermelada, cuando Clara entró en la cocina.

—Ya terminé, Bud —dijo, mostrándome el dibujo.

Apenas lo observé, exclamé:

—¡Es usted genial, Clara!

Ella sonrió deliciosamente.

—No soy genial, pero estoy satisfecha de mi trabajo.

—¡Se ha ganado usted un...!

—Un beso, ya lo sé.

Me levanté y se lo di.

—Gracias, Clara.

—¿Por el dibujo o por no protestar por tanto beso?

—Por las dos cosas.

—El dibujo es para Gerald Spicer, ¿verdad?

—Sí.

—Rezaré para que le preste su ayuda.

—De acuerdo, pero rece por el camino.

Clara respingó.

—¿Quiere que vaya con usted?

—La necesito, Clara. No puedo coger mi coche, y tampoco me conviene tomar un taxi. Iremos en su coche y conducirá usted. Y parecerá que vaya sola, porque yo me encogeré en el asiento como un mono para que no me vea nadie. ¿Está de acuerdo?

—¡Por supuesto!

—Andando, pues.

Salimos de la cocina.

Mientras Clara iba por su bolso, yo me puse las zapatillas de deporte y la desgarrada camisa. Hubiera preferido ponerme otra indumentaria, porque aquélla era la que se describía en los periódicos, pero no tenía donde elegir.

Clara regresó con su bolso.

Yo acabé de abotonarme la camisa y abandonamos el apartamento.

El coche de Clara, un «Mercury» color crema, estaba estacionado en la calle. Subimos rápidamente a él.

Clara lo puso en marcha.

Yo, agazapado en el asiento, a su lado, le di la dirección de la oficina de Gerald Spicer.

Minutos después, Clara detenía el coche.

—Hemos llegado, Bud.

—¿No hay moros en la costa?

—¿Cómo?

—Policías, quiero decir.

—Yo no veo ninguno.

—Espéreme en el coche, Clara.

—¿No puedo ir con usted, Bud?

—No, prefiero que se quede aquí.

Clara frunció el ceño y rezongó:

—Me parece que sé por qué.

—¿Qué está pensando, Clara?

—Que usted no quiere que yo conozca a Ivonne, eso es lo que estoy pensando.

—Qué tontería.

—Seguro que está como un tren.

—¿Celosa, Clara...?

—En absoluto. Irritada, tan sólo. Me pide que le traiga hasta aquí, y ahora me deja en el coche. Como si fuera su chófer particular, vamos. Si lo sé me pongo gorra.

—Lo hago por razones de seguridad, Clara. Nadie sabe que me escondo en su apartamento, y nadie debe saberlo.

—¿Tampoco Gerald Spicer...?

—Tampoco. No sólo es capaz de negarme su ayuda, sino de avisar a la policía.

—¡Cielos!

Tomé la mano de Clara y se la apreté con suavidad.

—Volveré lo antes que pueda, Clara.

—Andese con pies de plomo, Bud.

—Lo haré, no se preocupe —prometí, y la besé en los labios.

—Ya sabía yo que no se olvidaría de esto —sonrió ella.

Yo sonreí también y salí del coche, metiéndome rápidamente en el portal del edificio en donde Gerald Spicer tenía su oficina.

Subí a ella.

La puerta era de cristal velado, como la mía, y el rótulo, muy parecido.

GERALD SPICER
Investigador Privado

Sentí deseos de escupir en pleno rótulo, pero me contuve.

Spicer me caía gordo, pero ahora lo necesitaba.

Abrí la puerta y penetré en la oficina, más amplia y más lujosa que la mía, por supuesto.

Ivonne Flinn debía estar en la antesala del despacho de Spicer,

pero no estaba.

¿Estaría en el despacho de Spicer...?

Caminé hacia allí y pegué el oído a la puerta.

Capté risitas femeninas.

Sonreí.

Ivonne estaba con Gerald, y aposté a que éste no le estaba dictando una carta, precisamente.

Con sumo cuidado, hice girar el pomo de la puerta y empujé ésta lenta y silenciosamente, asomando la cabeza por el hueco.

Volví a sonreír.

Gerald Spicer, como yo había supuesto, no le estaba dictando ninguna carta a Ivonne Flinn, a la cual tenía sentada sobre sus rodillas, con la blusa abierta de par en par y la falda levantada.

Lo primero le permitía besar, mordisquear y succionar sus desarrollados pechos, fuera del breve sujetador, y lo segundo, acariciaba sus torneados muslos y toquetear su intimidad sin tener que salvar ningún obstáculo, pues la frívola braguita que debía ponerlos había descendido ya hasta las rodillas femeninas.

De ahí las risitas gozosas de Ivonne, quien rodeaba con sus brazos la cabeza de su entusiasmado jefe y la mantenía pegada a su pecho.

Entre risita y risita, Ivonne, que tenía el pelo rojo, exhalaba algún gemido de placer, acompañado de un estremecimiento de todo su cuerpo.

—Me trastornas con tus sabías caricias, Gerald... —le oí decir, tras uno de esos estremecimientos de gozo.

—*Crosk blenoff rascachoff...* —respondió Spicer.

Por un instante pensé que Gerald había aprendido ruso, pero enseguida comprendí que no, que hablaba así de mal porque lo hacía mientras devoraba literalmente los opulentos pechos de Ivonne.

Por eso no le entendía ni Dios.

Ivonne rió, al oírle hablar como un moscovita, y preguntó:

—¿Qué dices, cariño...?

—Que tus glándulas mamarias están como para que uno desee volverse niño de pecho, Ivonne.

Ivonne Flinn dio un respingo, porque eso no lo había dicho Gerald Spicer, sino yo.

Spicer también respingó, claro.

Me buscaron los dos con la mirada.

—¡Bud...! —exclamó Ivonne.

—¡Lexter...! —exclamó Gerald.

Yo emití una tosecita y me colé en el despacho, cerrando la puerta.

—Lamento interrumpir, pero...

No dije nada más, porque Gerald Spicer ya había obligado a la perpleja Ivonne Flinn a bajarse de sus rodillas, se había puesto en pie de un salto, y venía como una locomotora hacia mí, con los puños por delante y la cara roja como una sandía.

Me apresté para la defensa.

No hacerlo, hubiera resultado suicida, pues Gerald Spicer, aunque ya había cumplido los treinta y cinco años, era capaz de darle una paliza al más pintado.

Hombros robustos...

Tórax amplio y atlético.

Brazos largos y musculosos...

Y, como además, estaba que trinaba conmigo, por el castañazo que le diera tiempo atrás, y por haberle pillado materialmente comiéndose los túrgidos senos de Ivonne y tocándole las piernas y lo otro, su ataque era doblemente peligroso.

En un último intento para evitar pelea, aunque de antemano sabía que no iba a servir de nada, levanté la mano y grité:

—¡Vengo en son de paz, Gerald!

—¡Yo sólo quiero la guerra! —tronó él, y su puño diestro partió en busca de mi boca, deseosa de hacerme escupir media docena larga de dientes.

CAPÍTULO IX

Yo, no estaba dispuesto a escupir ni un solo diente, porque no hay nada más feo que una dentadura llena de huecos, flexioné las piernas y me fui para abajo en el instante justo.

El puño de Gerald Spicer pasó por encima de mi cabeza silbando como una carga de mortero y fue a estrellarse contra la puerta del despacho.

Menos mal que era de madera.

Si llega a ser de cristal velado, como la de su oficina, la hace añicos.

Claro que, para Spicer, quizá hubiera sido mejor, porque así, lo que casi se hizo añicos fue su puño, al chocar contra la dura madera.

El aullido que brotó de su garganta demostró que se había hecho daño. Mucho daño.

Hubiera podido hacerle más, incrustándole el puño en el hígado, pero recordé que no había ido allí a pelear con Gerald Spicer, sino a pedirle ayuda, y vencí la tentación de hacer *foie-gras* con su hígado, limitándome a dar un salto y ponerme fuera del alcance de sus puños.

Spicer se cogió el derecho, el que casi se había roto contra la puerta, al tiempo que barbotaba:

—¡Maldito hijo de...!

—Cuidado con lo que dices, Gerald, que mi madre era una santa —advertí antes de que soltara la palabrota.

—¡Te voy a reventar la cara a golpes! —bramó Spicer, y me atacó de nuevo, ahora con el puño izquierdo.

Con el derecho ya no podía, le dolía demasiado.

Burlé la nueva acometida de mi colega y di otro salto.

—Te repito que vengo en son de paz, Gerald. Cálmate y hablaremos.

—¡Yo no quiero hablar contigo, quiero mandarte al hospital! —
Relinchó Spicer, y me lanzó de nuevo la zurda.

Esquivé su puño una vez más e insistí:

—Gerald, por favor. Tenemos que hablar, es importante.

Spicer, furioso porque no lograba alcanzarme con sus puños ladró:

—¡No te escabullas como un gato, y pelea como los hombres!

—No he venido a pelear, Gerald.

—¡Yo te obligaré a hacerlo, cobarde! —gritó Spicer, e intentó cazarme con su puño izquierdo.

Como lo de cobarde me había molestado bastante, esta vez no esquivé su puño, sino que lo desvié con mi brazo izquierdo, y disparé mi puño derecho.

La mandíbula de Gerald Spicer crujió como una vieja pianola cuando mis nudillos se incrustaron en ella y mi colega se vino abajo, quedando aturdido en el suelo, porque el golpe había sido una auténtica coz.

Miré a Ivonne Flinn.

Mi exsecretaria ya se había ajustado el sucinto pantaloncito, metido sus senos dentro del sujetador, y abotonado la blusa.

—Reanima a tu jefe, Ivonne —dije, con ironía.

Ella, sin despegar los labios, se acercó a Spicer, se arrodilló junto a él y le palmeó las mejillas.

—Gerald...

—¿Qué? —Gruñó Spicer.

—¿Te encuentras bien?

—No.

—Bud no quiere pelear contigo. No pelees tú tampoco con él.

—Ese bastardo...

Ivonne se apresuró a taparle la boca con la mano, para que yo no oyera el insulto, pero llegó tarde.

Yo hice como que no lo había oído, porque no quería sacudirle de nuevo a mi colega.

Con la ayuda de Ivonne, Gerald se incorporó, alcanzó su sillón, y se dejó caer en él.

Me miró.

Bueno, mejor sería decir que me fusiló con la mirada.

—Di lo que sea y lárgate, maldito.

—¿Has leído los periódicos de la mañana, Gerald? —le pregunté.

—Siempre lo hago.

—Sabrás, pues, que Elizabeth Simmons murió anoche, estrangulada.

—Sí.

—¿Leíste cómo iba vestido el tipo que dicen que la asesinó?

—Camisa y pantalón negros, como tú.

—Exacto, como yo —sonreí.

Spicer respingó en su sillón.

—¡La asesinaste tú, Lexter!

—¡No, Gerald! Todo el mundo cree que lo hice yo, pero no es verdad. Cuando entré en la alcoba de los Simmons, Elizabeth ya era cadáver. Y quiero que tú me ayudes a demostrarlo.

—¿Que yo...? —Pestañeó Spicer.

—Sí, Gerald. Eres uno de los mejores investigadores privados de Boston, tal vez el número uno. Por eso recurro a ti.

Me di cuenta que mis palabras halagaban profundamente a mi colega, quien sin embargo, se mostró categórico en su respuesta:

—No pienso mover ni un dedo por ti, Lexter.

—Somos colegas, Gerald.

—Pero no amigos.

—Sé que no simpatizamos, y menos desde que me birlaste a Ivonne, pero...

—¡Yo no te birlé a Ivonne! Me quedé sin secretaria y necesitaba otra, eso es todo.

—Y tú tuviste que escoger la mía...

—Porque sabía que tú no podías pagarle, y no me parece justo que nadie trabaje por amor al arte. ¿Verdad que a ti tampoco te parece justo, Ivonne?

—Desde luego que no, Gerald —respondió mi exsecretaria—. Hubiera dejado igualmente a Bud, aunque tú no me hubieses buscado.

—¿Lo estás oyendo, Lexter? —Sí, y creo que los dos tenéis razón —admití, pasándome la mano por el pelo.

—Vaya, menos mal que lo reconoces.

—Siento haberte dado aquel puñetazo, Gerald.

—¿Lo dices para hacerme cambiar de idea?

—Gerald, estoy en un apuro. Me creen culpable de un asesinato,

y pagaré por él si la policía me atrapa, aunque no lo haya cometido. No creas que para mí ha sido fácil venir a tu oficina a pedirte ayuda, pero eres el único que puede sacarme de esto.

Hubo un silencio.

Ella, sin duda recordando los buenos momentos que habíamos pasado juntos en el sofá de mi despacho, le hizo unos mimos a Gerald Spicer y rogó:

—Ayuda a Bud, Gerald.

—No, no lo haré —gruñó mi colega.

—Es un buen tipo.

—No te pagaba.

—Porque no podía. No todos los investigadores privados ganan tanto dinero como tú, y Bud aún no lleva un año en la profesión.

—Me pegó.

—Ya te he dicho que lo siento.

—Pero yo sé que no es verdad. Le sigo cayendo gordo.

—Gerald, por favor... —insistió Ivonne, acentuando las carantoñas.

—De acuerdo, le ayudaré —accedió, aunque de mala gana.

—¡Oh, gracias, Gerald! —exclamó Ivonne, y empezó a llenarle la cara de besos—. Sabré agradecértelo, te lo prometo.

—Bueno, basta de besuqueo —sonrió Spicer—. Si tengo que ayudar Bud, debo escuchar cuanto antes su historia.

—¿Puedo quedarme, Gerald?

—Si Bud no tiene inconveniente...

—Ninguno —dije.

—Gracias, Bud —me sonrió Ivonne.

—A ti, por haber convencido a Gerald.

—Te hubiera ayudado de todos modos, estoy segura. Gerald tiene buen corazón, aunque a veces no lo parezca.

—Bueno, basta de charla inútil —dijo Spicer—. Siéntate, Bud, y cuéntemelo todo.

Me senté en uno de los sillones que había frente a la mesa de mi colega y se lo referí todo, desde la visita del falso Albert Simmons a mi oficina, a mi huida de la casa del verdadero Albert Simmons.

Cuando acabé mi relato, extraje el dibujo que había realizado Clara Mills, a la cual no mencioné en ningún momento, y se lo mostré a Spicer, diciendo:

—Éste es el tipo que me ha metido en este lío, Gerald. Los ojos de mi colega brillaron de un modo extraño cuando contemplaron el dibujo, y pocos segundos después afirmaba:

—Conozco a este individuo, Bud.

CAPÍTULO X

Casi brinqué del sillón.

—¿Estás seguro, Gerald...?

—Absolutamente —asintió mi colega.

—¿Quién es?

—Se llama Francis Mallowann, y vive en Nueva York.

—Nueva York... —repetí, quedamente.

—Sí.

—Allí estaba Albert Simmons, cuando su esposa fue asesinada.

—Sí, lo he leído en los periódicos.

—¿Coincidencia, Gerald...?

—Puede que sí, y puede que no.

—Hábleme de Francis Mallowann, Gerald.

—Es el dueño de un local de *strip-tease* no demasiado importante, pero al que acude la gente cada noche, porque los números son muy atrevidos.

—¿Algún negocio más, aparte de ése?

—Es posible. Se ve cada cara en su local.

—¿Cómo conociste a Francis Mallowann?

—Tuve que desplazarme a Nueva York, durante la investigación de un caso, y estuve en el local de Mallowann. Un tipo me había citado allí. Tenía información para mí.

—¿Hablaste con Mallowann?

—No, pero le vi en el local. Mi informador me explicó que se trataba de Francis Mallowann, el dueño de la sala.

—Ya.

—Volvamos al asesinato de Elizabeth Simmons, Bud.

—Volvamos.

—Dices que su cuerpo aún estaba caliente cuando tú la tomaste por los hombros, ¿no?

—Así es.

—El asesino, obviamente, ya estaba en la casa cuando tú te colaste en ella.

—Claro.

—¿Cómo pudo burlar la vigilancia de los guardaespaldas de Simmons y los perros?

—De ninguna manera, eso es imposible.

—¿Cómo entró, pues?

—No necesitaba entrar, porque ya estaba dentro.

Spicer entornó los ojos.

—Explícate, Bud.

—Está claro que la asesinó alguien de la casa.

—¿Uno de los guardaespaldas?

—Probablemente.

—Eso simplificaría las cosas, sí —murmuró Spicer.

—No pudo ser de otra manera, Gerald.

—Creo que tienes razón, Bud.

—Francis Mallowann nos lo dirá. Bueno, tendrá que decírtelo a ti solo, porque yo no puedo salir de Boston. Todas las carreteras estarán cortadas, el aeropuerto vigilado, como las estaciones, tanto de trenes como de autobuses...

—Sí, eso por descontado.

—¿Querrás ir en mi lugar a Nueva York, Gerald?

—Por supuesto. Pero no estoy seguro de que Francis Mallowann haya regresado a Nueva York.

—¿Piensas que sigue en Boston?

—Es muy probable. Su plan sólo ha dado resultado a medias, puesto que tú sigues libre, y no podrá sentirse tranquilo hasta que te sepa entre rejas. Y puede que no le baste con eso, Bud.

—¿Qué quieres decir?

—Que se sentiría mucho más seguro si te supiese muerto. Ya sé que es poco probable que la policía creyera tu historia, pero aunque remota, existe la posibilidad de que así fuera.

—Creo que tienes razón, Gerald.

—Si estoy en lo cierto, en estos momentos no es sólo la policía quien te está buscando, ¡sino también Francis Mallowann! Y bien acompañado, no lo dudes.

—No les será fácil dar conmigo, porque tengo un buen escondite.

—¿Cuál?

—No puedo decírtelo.

Spicer frunció el ceño.

—¿No te fías de mí, Bud?

—Por supuesto que me fío —me apresuré a responder.

—¿Entonces...?

—Le prometí a la persona que me oculta en su casa que no se lo diría a nadie, para no comprometerla a ella.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto contigo, pues?

—Yo te llamaré, de hora en hora.

—Está bien. Pero sería mucho mejor que supiera dónde...

—No insistas, por favor. Tendría que romper una promesa, y eso estaría muy feo.

Spicer no insistió.

Yo me puse en pie y le tendí la mano.

—Gracias por prestarme tu ayuda, Gerald.

Mi colega me la estrechó.

—A Ivonne se lo debes. Eso, y tres meses de sueldo —me recordó el muy bribón.

Yo solté un carraspeo.

—Ivonne sabe que se los pagaré enseguida que pueda —dije, mirando a mi exsecretaria.

Ella me sonrió.

—No te preocupes por eso, Bud.

—Adiós a los dos.

—Acompáñalo a la puerta, Ivonne —dijo Spicer.

Ella me cogió del brazo.

—Vamos, Bud.

Salimos del despacho de Spicer.

—Cuánto me ha alegrado verte de nuevo, Bud.

—Yo también me he alegrado de verte a ti, Ivonne.

—¿De veras?

—Sí, aunque debo confesar que me dio un poco de rabia ver cómo Gerald disfrutaba contigo.

—Tú también disfrutabas, cuando eras mi jefe... —recordó ella, maliciosa.

—Sí, es verdad.

—¿No te pondrás tonto si te digo una cosa?

—Lo prometo.

—Lo pasaba mejor contigo que con Gerald.

—Que no se entere él.

Ivonne me echó los brazos al cuello y pegó su espléndido cuerpo al mío, transmitiéndome todo su calor de hembra joven y ardiente.

—Bésame, Bud. Como tú sabes hacerlo.

Miré un instante la puerta del despacho.

—¿Y si nos pilla Gerald...?

—El sabe que entre nosotros hubo más que besos, no se molestaría por ello.

No lo dudé más y besé los sensuales labios de Ivonne.

Ella empezó a devorar los míos, y pronto su lengua buscó la mía con avidez.

Demasiado ardor.

Demasiada pasión.

Demasiado fuego.

Besos así no se deben dar a menos que se tenga una cama cerca y tiempo para hacer el amor en ella, y como ése no era nuestro caso, obligué a la encendida Ivonne a separarse de mí, aunque con delicadeza.

Ella, visiblemente desilusionada, protestó:

—Pronto te has cansado, Bud...

—Lo siento, pero no puedo olvidar que Gerald está detrás de esa puerta —carraspeé.

—¿Seguro que es por eso?

—¿Qué otra razón podía haber?

—Bueno, tal vez ya no te guste tanto como antes...

—Tú sabes que sí.

—Tengo ganas de hacer el amor contigo, Bud. Cuando todo esto haya pasado, nos veremos una noche y...

—Ya hablaremos de eso, Ivonne —la interrumpí, pellizcándole la mejilla, y caminé hacia la puerta.

—¡No lo olvides, Bud!

—Descuida —le sonreí, y salí de la oficina.

Bajé rápidamente la escalera.

Antes de cruzar el portal, asomé cautelosamente la cabeza y me aseguré de que no había policías.

Corrí hacia el Mercury de Clara Mills.

Ella, que me vio salir del portal, abrió la portezuela, para facilitarme las cosas.

Me colé en el coche con rapidez, me agazapé en el asiento e indiqué:

—¡Arranque, Clara!

Mi secretaria obedeció.

Visiblemente nerviosa, preguntó:

—¿Le ayudará Gerald Spicer Bud...?

—Sí, logré convencerle —la tranquilicé.

—¡Gracias a Dios!

—Y a Ivonne, que intercedió por mí.

—Vaya —rezongó Clara.

—Ya ha fruncido el ceño —observé—. ¿Por qué?

—Porque me da la gana.

—Cuando yo digo que está celosa...

—Eso no es verdad.

—No se ponga nerviosa o se llevará por delante algún semáforo.

—A usted sí que me lo llevaría yo a gusto.

—¿A la cama?

—¡Al cuerno!

Reí.

—¿Sabe que se pone muy graciosa cuando se enfada, Clara?

—Dice eso porque aún no me ha visto enfadada de verdad.

—No deseo verla así nunca, créame.

—Quíteme la mano de la rodilla o le sacudo.

Yo, que en efecto había deslizado mi mano hasta la rodilla de Clara la retiré enseguida.

—Disculpe, no lo hice con mala intención.

—No ni poco —gruñó ella.

—Qué chica tan arisca, demonio.

—Le advertí que lo era, así que no se sorprenda ahora.

—No importa, me sigue gustando de todos modos. Y cada vez más.

—Usted a mí me gusta cada vez menos.

—Veremos si es capaz de repetir eso cuando la tenga entre mis brazos, apretándola con calor.

—No volverá a tenerme así, se lo garantizo.

—Dejemos de discutir, por favor.

—Por mí, encantada.

—¿Sabe que Gerald Spicer conoce al falso Albert Simmons?

Clara respingó en el asiento.

—¿Es cierto eso...?

—Sí.

—¡Cuenta, Bud, cuenta!

Le hablé de Francis Mallowann.

—¡Oh, eso es magnífico, Bud! —se alegró Clara.

—Sí, ha sido una suerte que Gerald conociera al falso Simmons.

Y que usted tuviera tan buena mano para el dibujo, también. Gerald reconoció a Francis Mallowann al instante.

Dejamos de hablar, porque ya estábamos frente al apartamento de Clara.

Ella detuvo el coche y paró el motor.

—Abajo, Bud.

—No hay moros en la costa, ¿verdad?

—Ninguno.

Salimos los dos del Mercury y subimos rápidamente al apartamento.

A los pocos segundos de haber entrado en él, nos llevamos una desagradable sorpresa.

Dos tipos surgieron del dormitorio de Clara, esgrimiendo sendas pistolas automáticas provistas de silenciador, y nos apuntaron con ellas.

CAPÍTULO XI

Clara y yo, lógicamente, nos quedamos parados, mirando con ojos agrandados a la pareja de individuos.

—Bud... —musitó mi secretaria, sin apenas voz, al tiempo que buscaba mi mano.

Yo se la estreché.

La tenía fría y temblorosa.

Los dos desconocidos se acercaron a nosotros, pero no demasiado, demostrando con ello que conocían su oficio.

—Hola, Lexter —me sonrió el de la derecha, que tenía cara de arpa.

—¿Nos conocemos...? —repuse, disimulando mis deseos de arrancarle un arpegio de un castañazo.

—Bueno, tú a nosotros no nos conoces, pero nosotros a ti, sí —se dejó oír el otro sujeto, que tenía ojos de búho.

—¿Por qué no os presentáis, muchachos? —sugerí—. Así, nos conoceremos todos.

—Lo haríamos con mucho gusto, pero no tenemos tiempo —repuso Cara de Arpa.

—¿Os vais ya...?

—Sí, en cuanto hayamos cumplido el encargo del señor Simmons —contestó Ojos de Búho.

—¿Os referís a Albert Simmons?

—Por supuesto —asintió Cara de Arpa—. Está muy molesto contigo, sabes.

—¿Por qué?

—Te contrató para que pusieras a prueba las medidas de seguridad adoptadas por él en su casa, no para que estrangularas a su joven y bella esposa.

—Yo no la maté.

Los dos fulanos rieron.

—Dice que él no la mató —habló Cara de Arpa.

—Claro, qué va a decir —repuso Ojos de Búho.

—¿Qué clase de encargo os hizo el señor Simmons? —pregunté.

—Que te dejemos seco a tiros —respondió Cara de Arpa.

—Y a tu guapa secretaria también —añadió Ojos de Búho.

Noté que a Clara le flaqueaban las rodillas.

—Nos van a matar, Bud... —gimió, con un hilo de voz.

Apreté con más fuerza su mano.

—No lo harán, Clara, tranquilícese.

Los dos individuos volvieron a reír.

—Dice que no lo haremos —habló Cara de Arpa.

—Demostrémosle que sí —sugirió Ojos de Búho, y se dispuso a accionar el gatillo.

—Sería un error, muchachos, porque a Francis Mallowann le conviene hablar con nosotros.

Mis palabras hicieron respingar a la pareja de matones.

Después de mirarme a mí, con asombro, se miraron el uno al otro de forma interrogante.

Yo sonreí burlonamente.

—Sorprendidos, ¿eh, muchachos? Francis Mallowann también se sorprenderá cuando sepa que he descubierto su verdadera identidad.

Cara de Arpa me miró duramente.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Eso es cosa mía.

—Vas a decírnoslo enseguida —masculló Ojos de Búho, dando un paso hacia mí, con gesto amenazante.

Yo sacudí la cabeza.

—Sólo se lo diré a Francis Mallowann. Quiero hacer un trato con él. Y preguntarle, al propio tiempo, cómo supo él que yo me escondía en el apartamento de mi secretaria.

Clara, con voz trémula, dijo:

—Cuando le despedí en su oficina, él me preguntó mi apellido, Bud, y yo se lo dije. Acabo de recordarlo ahora.

—Entonces, ya está claro —rezongué—. Conociendo su nombre y su apellido, no le habrá sido difícil averiguar su domicilio.

Ojos de Búho insistió:

—Dinos cómo descubriste que Francis Mallowann era el falso

Albert Simmons, Lexter.

Sacudí de nuevo la cabeza.

—Sólo hablaré con Mallowann, ya os lo he dicho.

El matón dio otro paso y descargó el cañón de su pistola sobre mi cuello.

Yo di un grito y me derrumbé.

Hubiera podido esquivar el golpe, pero me interesaba más recibirlo y fingir que perdía el sentido. Quedé inmóvil en el suelo, con los ojos cerrados.

Clara se dejó caer a mi lado y me cogió la cabeza.

—¡Bud! —sollozó.

Cara de Arpa rezongó:

—Le has dado demasiado fuerte.

Ojos de Búho pareció pedir disculpas con el gesto a su compañero.

—Pensé que tendría más aguante.

—Habrá que reanimarlo.

—Tal vez no sea necesario. La chica también debe saber cómo averiguó Lexter que Francis Mallowann era el falso Albert Simmons, puesto que es su secretaria.

Cara de Arpa sonrió.

—Sí, tienes razón. Y será más divertido hacerla hablar a ella que a él.

—Yo me encargo de ello. Tú vigila a Lexter, por si se despierta.

—¿Por qué no vigilas tú al tipo, y yo «trabajo» a la chica?

—Porque la idea fue mía.

—Está bien, trabájala tú —rezongó Cara de Arpa.

Ojos de Búho guardó su arma y agarró a Clara por el pelo.

—Habla y no te pasará nada, muñeca —dijo el matón.

—¡Yo no sé nada! —mintió Clara.

Ojos de Búho le dio una bofetada, no demasiado violenta.

—Te conviene soltar la lengua, preciosa.

Clara, en vez de soltar la lengua, soltó un salivazo y cegó el ojo izquierdo del tipo. Un segundo después, le cegaba el otro ojo, pero no con saliva, sino con el puño.

El matón lanzó un rugido de dolor y soltó el pelo de mi valiente secretaria.

Clara aprovechó la circunstancia para apartarse del tipo,

gateando por el suelo.

—¡Que no se te escape, idiota! —rugió Cara de Arpa.

Ojos de Búho, medio ciego todavía por el salivazo y el puñetazo, barbotó:

—¡Voy a hacer que te retuerzas de dolor, perra!

Lanzar su amenaza y lanzarse sobre Clara, fue todo la misma cosa.

Mi brava secretaria se espachurró al recibir sobre su espalda el peso del matón y dio un grito.

Ojos de Búho la obligó violentamente a ponerse boca arriba, porque las cosas que él querría «trabajarle» las tenía ella en la parte de delante de su cuerpo, no en la de detrás.

Cara de Arpa, adivinando que su compañero tenía el propósito de desgarrar la ropa de Clara y dejar a ésta completamente desnuda, se olvidó por completo de mí y sólo tuvo ojos para lo que su compinche hacía con mi indefensa secretaria.

Era lo que yo suponía que iba a suceder.

Suponía... y deseaba, para poder entrar en acción con ciertas garantías de éxito.

Y entré.

De manera centelleante.

Cara de Arpa no me vio brincar del suelo ni saltar sobre él.

La primera noticia que tuvo de que yo no seguía inmóvil en el suelo fue el terrible golpe que le propiné en el antebrazo derecho, con el filo de la mano.

Con tanta dureza le golpeé, que creo que le partí los huesos cubito y radio. Y el crujido que se escuchó, así pareció confirmarlo.

En cualquier caso, el tipo soltó su pistola, que era lo que yo pretendía. También soltó un alarido ensordecedor.

Pero corto.

Mi puño zurdo se encargó de que fuera así, al golpear en su quijada como un martillo.

Cara de Arpa se derrumbó y, por el momento, quedó fuera de combate.

Su grito de antes, sin embargo, había hecho volver la cabeza a su compañero.

Éste escupió una maldición y se llevó velozmente la mano a la funda sobaquera.

No me lo pensé mucho.

Me dejé caer al suelo y empuñé la pistola de Cara de Arpa.

Ojos de Búho ya tenía la suya en la mano.

Me quedé sin saber cuál de los dos hubiera disparado primero, porque Clara Mills agarró el brazo del matón y le arreó un mordisco de aúpa.

Ojos de Búho chilló como una rata.

Como lo que era.

Antes de que el tipo golpeará brutalmente a Clara, para librarse de sus afilados dientes, brinqué del suelo y me lancé sobre él como un puma, quitándoselo a mi secretaria de encima.

La pobre se alegró mucho, porque el matón le había destrozado la blusa y arrancado el sujetador, y estaba con los pechos al aire.

Ahora pudo cubrírselos.

Mientras tanto, Ojos de Búho, que había perdido su arma, trató de colocarme un puño en la cara.

Yo la aparté a tiempo y contraataqué.

Como el fulano no apartó la suya, mi puño se estrelló en sus narices, pulverizándoselas.

Ojos de Búho aulló y empezó a sangrar profusamente por la machacada napa.

Yo le golpeé de nuevo.

Ahora, con el cañón de la pistola.

En toda la frente.

El tipo perdió el conocimiento.

Yo me apoderé rápidamente del arma de Ojos de Búho.

Clara, que ya se había puesto en pie, se abrazó a mí.

—¡Bud!

Yo la estreché contra mi pecho, aunque con alguna dificultad, porque mis dos manos estaban ocupadas con las pistolas de los matones.

—¿Estás bien, Clara? —le pregunté, tuteándola.

—Sí. ¿Y tú...? —me preguntó ella a su vez, aceptando el tuteo.

—También.

—Cuánto me alegro.

—Dímelo ahora, anda.

—¿El qué?

—Que cada vez te gusto menos.

Clara me miró a los ojos, dulcemente.

—Cada vez me gustas menos —dijo, para, un segundo después, sellarme la boca con un soberano beso.

CAPÍTULO XII

Me entraron ganas de arrojar el par de pistolas para poder abrazar a mi secretaria como ella se merecía, pero no lo hice, porque Cara de Arpa y Ojos de Búho podían despertarse de un momento a otro y ponemos de nuevo en un apuro a los dos.

Lo que sí hice fue devolver el beso con la misma vehemencia que Clara Mills ponía en él.

Cuando separamos nuestras bocas, que no nuestros cuerpos, pregunté:

—¿Siempre besas así a los hombres que te gustan poco?

—No, sólo a los que no me gustan nada —respondió ella, con una encantadora sonrisa.

—¿Y cuántos conoces que no te gusten nada?

—Sólo uno.

—Qué desgracia la mía —suspiré, y ahora fui yo quien la besó a ella, atreviéndome incluso a morder con suavidad sus deliciosos labios.

Clara aceptó complacida los agradables mordisquitos.

La cosa marchaba.

Lo malo era que no era el momento más adecuado para que la cosa marchase, y no tuve más remedio que interrumpir el maravilloso instante.

—Me gustaría seguir ocupándome de ti, Clara, pero debo ocuparme de los tipos.

—Hazlo, Bud. De mí ya te ocuparás más adelante —me sonrió ella.

—Eso no lo dudes.

—¿Quién lo duda?

Le di un besito en la nariz y la solté.

Clara se apresuró a cubrirse los pechos con la desgarrada blusa.

Aunque, muy fugazmente, pude comprobar que los tenía

maravillosamente firmes y moldeados, que las aureolas de sus pezones, descaradamente erguidos, eran amplias y rosadas...

De nuevo sentí deseos de arrojar el par de pistolas automáticas, ahora para poder acariciar los hermosos y tentadores senos de Clara.

Ella, adivinando mi pensamiento me recordó:

—Primero los tipos, Bud.

—Sí, el deber es antes que el placer —suspiré, resignado.

—Mientras tanto, me cambiaré la blusa y me pondré un sujetador. El que llevaba ya no sirve, me lo rompió esa bestia.

—Maldita la falta que te hace a ti llevar sujetador.

—Se agradece el piropo —sonrió Clara, y fue hacia su dormitorio.

Yo di un vistazo a los tipos.

Cara de Arpa ya había empezado a mover la cabeza, aunque muy débilmente.

Me fijé en su brazo derecho.

Lo tenía roto, no había duda.

El tipo iba a rabiarse de dolor, en cuanto se despertase.

No me equivoqué.

Aun antes de abrir los ojos ya empezó a quejarse.

Yo me acerqué a él y le toqué la cadera con la punta de la zapatilla.

—Eh, tú.

El fulano despegó los párpados y me miró, con profundo odio.

—Me has partido el brazo, bastardo —masculló, conteniendo a duras penas los gemidos de dolor.

—Poca cosa, si tenemos en cuenta que tú y tu compinche queríais dejarnos secos a tiros —repliqué.

El tipo se calló.

Como a mí me interesaba que hablara, amenacé:

—Suelta la lengua o te rompo el otro brazo.

Cara de Arpa, creyéndome muy capaz de hacerlo, rezongó:

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Pregunta, y te diré respondiendo.

—¿Quién estranguló a Elizabeth Simmons?

—Jim McNeill —respondió el tipo, en el preciso instante en que

Clara Mills salía de su dormitorio con otra blusa.

—El fulano está cantando —dije a mi secretaria.

—No creo que nadie le contrate, con esa voz de tubo de escape.

—Muy graciosa —gruñó el matón.

—Sigue interrogándole, Bud —rogó Clara—. Yo te avisaré si el otro se despierta.

Volví a encararme con Cara de Arpa, que estaba sentado en el suelo como un moro, sosteniéndose el brazo roto con el otro.

—¿Quién es Jim McNeill?

—Uno de los guardaespaldas de Albert Simmons. El que te sorprendió a ti cuando bajabas de la alcoba de los Simmons. Bueno, en realidad, no te sorprendió; te estaba esperando. Y ya puedes suponerte para qué.

—Para meterme un par de balas en el cuerpo, ¿no?

—Exacto —asintió el tipo—. Así debía acabar todo. Tú cargarías con el asesinato de Elizabeth Simmons, y todos contentos.

—¿También Albert Simmons? —Se me ocurrió preguntar, entornando los ojos.

Cara de Arpa vaciló.

Yo, aunque no estaba seguro de que hubiese relación alguna entre Albert Simmons y Francis Mallowann, dije:

—Simmons contrató a Mallowann para que me liase a mí, ¿verdad?

—Algo así —confesó el matón.

Clara y yo cambiamos una mirada.

—¿Por qué? —Seguí interrogando al fulano.

—Para que cargase con las culpas, ya te lo he dicho.

—No, no era eso lo que yo te preguntaba. ¿Por qué quería Albert Simmons deshacerse de su joven y bella esposa?

—Porque ella suponía un serio obstáculo para su carrera política.

—¿Un obstáculo...?

Cara de Arpa explicó:

—Elizabeth Hampton, que ése era su apellido de soltera, era artista de *strip-tease* y trabajaba en el local de Francis Mallowann cuando, casualmente, conoció a Albert Simmons, en un viaje que éste realizó a Nueva York. Ella no le dijo que era artista de *strip-tease*, claro está, porque se había propuesto cazarlo para toda la

vida, y confesarle que se desnudaba cada noche en público no le hubiera ayudado a conseguirlo, precisamente...

—Continúa.

El matón arrugó la cara y emitió un quejido.

—Me duele mucho el brazo...

—Cuanto antes acabes, antes te lo atenderán debidamente.

Vamos, sigue con la historia.

Cara de Arpa continuó:

—La zorra de Elizabeth se salió con la suya, pues consiguió que Albert Simmons se enamorara de ella como un idiota y le pidiese que se casara con él. Francis Mallowann hubiera podido impedir ese matrimonio, revelando a Simmons la clase de chica que era Elizabeth, pero en el fondo, se alegraba de que Elizabeth se casara con un hombre rico, y de que éste ignorase que ella había sido artista de *strip-tease* y había conocido a cientos de hombres íntimamente. Eso le permitiría chantajear a Elizabeth y sacarle un buen dinero cuando pasase algún tiempo.

—¿Llegó a chantajearla?

—No, porque oyó rumores de que Albert Simmons pensaba irrumpir en el campo de la política, presentarse candidato a senador por el estado de Massachusetts, nada menos, y ello modificó sus planes.

—Esperaba sacarle más dinero a Albert Simmons que a Elizabeth, ¿no? —Adiviné.

—Mucho más —asintió el tipo.

—¿Cuánto le pidió Mallowann a Simmons por no airear que su esposa había sido... lo que había sido?

—Medio millón de dólares.

Reprimí un silbido.

—¿Y Simmons aceptó...? —pregunté.

—Sí, pero más que por mantener en secreto lo que había sido Elizabeth, por preparar y desarrollar el plan que tú ya conoces, Lexter. Albert Simmons dejó de querer a Elizabeth en el momento en que Francis Mallowann le informó de la clase de mujer que había tomado por esposa, y empezó a odiarla, por haberle engañado. Como, además, comprendía que no podía iniciar su carrera política casado con una mujer así, pues más pronto o más tarde se descubriría el vergonzoso pasado de Elizabeth, decidió eliminarla,

vengándose así de ella. Jim McNeill, su hombre de confianza, se encargaría del asunto. Hacía falta, no obstante, un incauto que cargase con el crimen. Y tú fuiste el elegido, Dexter.

—Entonces, lo de las amenazas de sus enemigos políticos...

—Era falso. Albert Simmons se lo inventó para justificar el asesinato de su esposa y, al propio tiempo, apuntarse un buen tanto de cara a las próximas elecciones. Mucha gente, a la hora de emitir su voto, recordaría que la joven y bella esposa de Albert Simmons fue asesinada porque sus rivales políticos deseaban que él no presentase su candidatura, y eso, lógicamente, llegaría a lo más profundo de muchos corazones, y sus votos serían para él.

—Muy listo, el señor Simmons —rezongué.

—Todo hubiera salido bien, de no escapar tú de la casa de Simmons. Pero Jim McNeill falló, y...

—Y vosotros también habéis fallado.

—Sí, nosotros también. Cuando Mallowann se entere...

—Sigue en Boston, ¿verdad? —interrogué.

—Sí —asintió el matón.

—¿Dónde, exactamente?

—En un apartamento que Simmons alquiló para él.

—Vais a llevarme con Francis Mallowann.

—Como quieras —rezongó Cara de Arpa—. Pero mi brazo... —Compuso un gesto de dolor.

—Aguanta, compadre. No tienes más remedio.

En aquel preciso momento Ojos de Búho empezaba a volver en sí.

También él se quejó, aun antes de despegar los párpados, porque le debía doler terriblemente la nariz, hinchada, deforme y cubierta de sangre.

—Vamos, arriba —le ordené.

El tipo, entre gemidos y maldiciones a media voz, se incorporó.

Cara de Arpa también se puso en pie sin dejar de sujetarse el brazo roto.

Clara dijo:

—Yo voy contigo, Bud.

—Preferiría que te quedases aquí, Clara. Puede haber jaleo y...

—Insisto, Bud.

—De acuerdo, vamos —accedí—. Vosotros, moveos —ordené a

los tipos—. Y al primero que se le ocurra intentar algo le hago un relleno de plomo.

No estaban en condiciones de intentar mucho, pero ese tipo de advertencias nunca están de más.

CAPÍTULO XIII

Salimos los cuatro del apartamento de Clara Mills.

Cara de Arpa y Ojos de Búho iban delante, naturalmente Yo les apuntaba con una de las pistolas.

La otra, la llevaba metida en el pantalón.

Bajamos la escalera sin tropezamos con nadie.

Mejor.

Alcanzamos la calle.

—Entrad en la parte de atrás de ese «Mercury», rápido —indiqué a los tipos.

Los matones, en vez de obedecer, miraron un «Chevrolet» negro que se hallaba estacionado algunos metros más allá. Era su coche.

Y había alguien en él.

Dos hombres, concretamente.

Respingué al descubrir que uno de ellos era Francis Mallowann.

No me dio tiempo de nada.

Sólo de gritar:

—¡Al suelo, Clara!

Por si acaso mi secretaria no me obedecía con la suficiente rapidez, la empujé y la derribé, cubriéndola con mi cuerpo.

Para entonces, la metralleta que empuñaba el tipo que se hallaba con Mallowann, en el «Chevrolet», ya estaba escupiendo plomo en cantidad.

La ensordecedora ráfaga abatió a Cara de Arpa y Ojos de Búho, quienes se contorsionaron grotescamente al recibir las balas, antes de caer sobre la acera, llenos de sangre.

Yo, desde el suelo, y casi sin apuntar, disparé contra el tipo de la metralleta.

Varias veces.

Alguna de las balas debió alcanzarle, porque la metralleta enmudeció.

Un instante después el «Chevrolet» arrancaba.

Francis Mallowann lo conducía.

Trataba de huir.

Yo no podía permitirlo.

Tenía que atraparlo.

Y vivo, porque Cara de Arpa y Ojos de Búho habían pasado a mejor vida, y ya no podían declarar contra él ni contra nadie.

Me incorporé de un salto y comencé a disparar sobre las ruedas del «Chevrolet», afinando al máximo mi puntería.

Me acompañó la suerte y los neumáticos traseros del «Chevrolet» estallaron.

El coche empezó a dar bandazos.

Totalmente descontrolado.

Francis Mallowann no pudo hacer nada por evitar que el «Chevrolet» se estrellase contra la parte trasera de un camión cargado de botellas de leche, que se hallaba detenido junto a la acera.

El repartidor empezó a soltar tacos, porque varias docenas de botellas se hicieron añicos y el blanco y nutritivo líquido se desparramó, manchándolo todo.

Yo ya estaba corriendo hacia allí, seguido de Clara.

Vi salir del «Chevrolet» a Francis Mallowann.

Pistola en mano.

El repartidor de leche se encaró valientemente con él y le llamó de todo.

Mallowann no le llamó a él de nada, porque no tenía tiempo, pero sí le propinó un golpe en la cabeza con su arma, y el pobre repartidor se desplomó sin sentido.

—¡Deténgase, Mallowann! —grité, sin dejar de correr.

Lo hacía tan velozmente, que Clara había quedado muy distanciada de mí, de lo cual me alegré, pues podía ser peligroso para ella venir pisándome los talones.

Francis Mallowann se volvió un instante y accionó el gatillo de su pistola.

Me arrojé al suelo y respondí al fuego del falso Simmons.

Le disparé a las piernas.

No le alcancé, porque él ya había echado a correr.

Me erguí de un salto y me lancé en su persecución.

Al pasar junto al «Chevrolet» descubrí al tipo de la metralleta. Estaba tumbado en el asiento, chorreando sangre por el cuello. Una bala se lo había atravesado.

Lo sentí por él; aunque no demasiado, la verdad.

Seguí persiguiendo a Mallowann.

Vi que se metía en lo que parecía ser un almacén.

Segundos después; yo me introducía también en él.

Era, en efecto, un almacén.

Las cajas se amontonaban a un lado y otro.

Rezongué una imprecación, porque allí no iba a ser fácil cazar a Mallowann.

De pronto, Francis Mallowann surgió por detrás de una pila de cajas y me disparó.

Yo me dejé caer al suelo y busqué la protección de unas cajas próximas. Cuando asomé mi arma por detrás de ellas, Mallowann ya se había ocultado.

Podía seguir allí, tras aquella pila de cajas, o haber cambiado de lugar.

Me arriesgué a averiguarlo.

Silencioso como un leopardo, avancé pegado a las cajas y di un rodeo, confiando en sorprender a Mallowann por la espalda.

No pudo ser, porque ya no se encontraba allí.

De pronto oí gritar a Clara:

—¡Bud!

Miré hacia la puerta del almacén.

Mi secretaria acababa de entrar.

—¡Ponte a cubierto, Clara! —ordené, consciente del peligro que corría.

Me obedeció al instante y eso le salvó la vida, porque Francis Mallowann ya le estaba disparando.

Yo trepé velozmente a lo alto de las cajas que tenía delante.

Fue un acierto, porque descubrí a Mallowann.

Lo malo fue que él también me descubrió a mí.

Disparamos los dos.

Al mismo tiempo, pero con distinta fortuna.

La bala de Mallowann pasó silbando muy cerca de mi oreja zurda; la mía, se incrustó en su hombro derecho.

Francis Mallowann lanzó un alarido y se derrumbó, perdiendo la

pistola.

El asunto parecía resuelto, pero yo no me confié, y me acerqué a Mallowann con precauciones.

Al llegar junto a él comprendí que no eran necesarias.

Mallowann se había desmayado de dolor, porque mi bala le había destrozado el hombro.

Me apoderé de su pistola y me reuní con mi secretaria.

—Todo ha terminado, Clara. He cazado a Francis Mallowann. Y lo he cazado vivo. Cantará que dará gusto oírlo.

—¡Gracias a Dios, Bud! —exclamó ella, abrazándose a mí.

EPÍLOGO

Francis Mallowann cantó, en efecto.

Para entonces, Albert Simmons ya había sido detenido por la policía, así como Jim McNeill, el tipo que estranguló a Elizabeth Simmons.

El resto de los guardaespaldas de Simmons no tuvieron problemas, porque ellos nada sabían del asunto.

Respecto a los diez mil dólares que Mallowann me entregara la mañana anterior, la policía estimó que podía quedármelos, porque, en cierto modo, me los había ganado.

Huelga decir que me llevé una alegría inmensa.

Lo primero que quise hacer, fue pagarle a Ivonne Flinn los mil quinientos dólares que le debía.

Clara Mills insistió en subir conmigo a la oficina de Gerald Spicer.

—Quiero conocer a Ivonne —dijo.

—Clara... —carraspeé.

—Ni Clara ni Yema —me atajó ella, copiándome el chiste—. Voy a subir, Bud.

—De acuerdo —suspiré.

Subimos los dos a la oficina de Spicer.

Ivonne se hallaba sentada al otro lado de su mesa, pasando algo a máquina, y respingó al vernos entrar.

—¡Bud!

—Hola, Ivonne. Antes que nada quiero presentarte a Clara Mills, mi nueva secretaria —me apresuré a informar, para evitar que mi exsecretaria dijera algo que a mí no me interesaba que dijese.

—¿Tu nueva... secretaria? —Parpadeó Ivonne, muy sorprendida.

—Así es —sonrió Clara, con cierta frialdad.

—¿Y a ella si puedes pagarle? —Se picó Ivonne.

—Ya puedo pagar a todo el mundo —sonreí yo, echando mano

de los diez mil dólares que llevaba en el bolsillo. Separé quince billetes y se los tendí a mi exsecretaria, diciendo—: Los mil quinientos dólares que te debía, Ivonne. Estamos en paz.

Ivonne cogió el dinero.

—Sí, estamos en paz —gruñó, sin duda molesta porque mi nueva secretaria era una chica bonita y esbelta, y más joven que ella.

Me guardé el resto del dinero y pregunté:

—¿Salió ya Gerald para Nueva York?

—No, todavía no, pero tiene reservado un pasaje para el vuelo de los dos.

—Que lo anule. Ya no es necesario que vaya a la ciudad de los rascacielos.

—¿No...?

En aquel momento se abrió la puerta del despacho de Spicer y éste salió de él.

—¡Lexter! —exclamó, sorprendido.

—Hola, Gerald —le sonreí, porque ya no me caía tan gordo.

—¿Qué diablos...?

Se lo expliqué todo a mi colega.

Spicer me palmeó la espalda.

—Me alegro de que todo se haya aclarado, Bud.

—Con tu ayuda.

—¿De qué ayuda hablas? Yo no he llegado a intervenir.

—Pero resultó providencial que conocieras a Francis Mallowann.

—Bueno, eso sí.

—Siempre te estaré agradecido, Gerald.

—Los colegas debemos ayudarnos. Aunque no seamos amigos.

—A mí no me importaría que lo fuéramos, Gerald.

—¿Lo dices sinceramente?

—Sí.

—Bueno, tampoco a mí me importaría que fuéramos amigos, Bud. Vas a hacerte famoso y...

—¿Famoso yo...? —Claro que sí, Lexter. En cuanto los periódicos, la radio y la televisión cuenten la verdad sobre el caso Simmons, todo el mundo hablará de ti. Y bien, no lo dudes. Vas a estar más solicitado en las próximas semanas que cualquiera de nosotros, te lo digo yo.

—Ojalá no te equivoques, Gerald —repuse, emocionado por las

palabras de mi colega.

Clara y yo nos despedimos de Gerald y de Ivonne y abandonamos la oficina. Mientras descendíamos la escalera, carraspeé y dije:

—Bien, ya has conocido a Ivonne, Clara.

—Sí, ya la he conocido —gruñó ella.

—¿Y...?

—Está como yo me suponía; como un tren. Seguro que su padre era jefe de estación.

Reí el chiste de Clara y confesé:

—A mí me gustas más tú.

—¿Cómo puedo estar segura de eso?

—No tardaré en demostrártelo.

Y se lo demostré.

Apenas llegar a su apartamento.

La besé como jamás había besado a ninguna mujer.

Clara, al principio, no se entregó a la caricia, porque seguía pensando en Ivonne, pero, poco a poco, sus labios, sus brazos y todos su cuerpo fueron reaccionando y demostrándome que ella sentía lo mismo que yo.

Deslicé mi mano y oprimí suavemente uno de sus pechos, por encima de la blusa, descubriendo inmediatamente la ausencia del sujetador.

Separé mis labios de los de ella y la miré a los ojos, sin retirar mi mano de su seno.

—Clara...

—¿Qué?

—No llevas sujetador.

—Como tú dijiste que no me hacía falta... —me sonrió, con malicia.

—Ninguna —aseguré, y empecé a desabotonarle la blusa.

Clara no hizo nada para impedirlo.

Cuando se la abrí, y acaricié sus cálidos senos, ella cerró los ojos dulcemente y contuvo un gemido de placer.

—¡Bud...! —musitó, estremeciéndose entre mis brazos.

Yo le besé los párpados, los pómulos, la nariz, la comisura de la boca...

—Creo que estoy enamorado de ti, Clara.

—¿Sólo lo crees?

—No, estoy seguro. Y, si Gerald Spicer no se equivocó al profetizar que voy a tener trabajo de sobra de ahora en adelante, me gustaría casarme contigo.

Clara abrió los ojos y me miró.

—¿No querrás casarte conmigo para tener una secretaria gratis, verdad?

—Es una de las ventajas, sí —admití—. Pero no es por eso, y tú lo sabes.

Clara, radiante de felicidad sugirió:

—¿Por qué no continuamos esta interesante conversación en mi dormitorio, Bud?

—Es una excelente idea —aprobé, tomándola en brazos y llevándola a su habitación, nuestras bocas unidas de nuevo.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

